



HAL
open science

Construcción de identidades y conflictos sociales en la América latina del desorden global.

Edgardo Manero

► **To cite this version:**

Edgardo Manero. Construcción de identidades y conflictos sociales en la América latina del desorden global.. Anuário de la Revista del Instituto de Estudios Histórico Sociales , 2005, 20, pp.131. <hal-04303579>

HAL Id: hal-04303579

<https://hal.science/hal-04303579v1>

Submitted on 23 Nov 2023

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



HAL Authorization

**CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES Y CONFLICTOS SOCIALES
EN LA AMÉRICA LATINA DEL DESORDEN GLOBAL.
LA CUESTIÓN NACIONAL:
UN *PALIMPSESTUS* DE LA MEMORIA POLÍTICA**

Edgardo Manero*

Resumen

Este artículo busca, desde una perspectiva comparada, restituir los procesos de recomposición política vividos como consecuencia de las transformaciones de los años '90. A través del estudio de casos, examina el efecto paradójico que parece tener la globalización en América Latina, tanto en su carácter de proceso como de ideología: borrar todo rastro de Estado y de Nación, producir nuevas formas de reivindicación nacional que hacen un llamado a la intervención estatal. A fines del siglo XX, emerge un tipo de «nacionalismo» que, a diferencia de la mayor parte de sus formas anteriores, encuentra su fuente en la sociedad civil y no en el Estado. Si este hecho constituye una modificación radical de la cultura política de la región, los movimientos socio-políticos, hegemonzados por actores radicalmente diferentes entre sí, parecen inscribirse en una tradición profundamente latinoamericana: movilizar a la Nación en nombre de la «izquierda». La emergencia de estos movimientos constituye un hecho remarcable de la historia reciente de la región.

Palabras Claves : América latina - movimientos sociales - identidades - nacionalismos

Abstract

This article looks for, from a comparative perspective, to reconstitute the processes of political resetting lived as a result of the transformations on the 90's. Through the study of cases, it examines the paradoxical effect that seems to have the globalization in Latin America, as much in his character of process as of ideology: to erase all signs of State and Nation, to produce new forms of national vindication that make a call to the state intervention. By the end of XXth century, emerges a type of «nationalism» that, unlike most of its previous forms, finds its source in the civil society and not in the State. If this fact constitutes a radical modification of the political culture of the region, the social and political movements, ruled by radically different actors, seem to register in a deeply Latin American tradition: to mobilize the Nation in name of the «left». The emergency of these movements constitutes a remarkable fact of the recent history of the region.

Keywords: Latin America - social movements - identities - nationalisms

* FRAMESPA-CNRS / Université de Toulouse II. Dirección postal: 5, Allées Antonio Machado F-31058 Toulouse CEDEX 1. Correo-e: ed-manero@wanadoo.fr

Introducción¹

Este artículo pretende ilustrar sobre la representación de la Nación en América Latina en el marco de los trabajos que procuran clarificar la tendencia que caracteriza la fase actual del capitalismo: homogeneización/universalización, particularización/fragmentación. En América Latina, el debate sobre las identidades y la pluralidad de los Estados y de las culturas se intensificó como consecuencia del proceso de la globalización, la consecuente regionalización y los proyectos de integración en curso. Para ello, hemos elegido analizar a la «Nación» como reivindicación identitaria -uno de los fenómenos inherentes al «desorden global»-, de diversos movimientos político-sociales surgidos en los años '90, participando de los conflictos por la administración de los principales recursos económicos y culturales, tratando de remarcar su correlación con la debilidad del Estado y de la soberanía, así como con un sistema-mundo cada vez más sumido en las dinámicas de la desregulación.

Movimientos como el Chavismo venezolano, el *Pachakutik* ecuatoriano, el MAS boliviano o los piqueteros argentinos desarrollan un «patriotismo universalista» que se halla en las antípodas del patriotismo de estado, característico de la América Latina del siglo XX, pero también del repliegue identitario propio de la post-guerra fría. Afirmando la Nación en el lenguaje del universalismo republicano, o representándose la sociedad en términos de lucha de clases, estos movimientos ayudan a comprender que la diferencia estructurada sobre el *Ethnos* -característica del desorden global-, no tendría existencia más que en las sociedades donde la construcción de una alteridad negativa bajo criterios raciales resulta del fracaso de un proyecto político propio de la modernidad: la organización de la sociedad a partir de un conflicto fundamental y la percepción de las relaciones internacionales a partir de una oposición mayor. En América Latina, la defensa de la Nación tiene un rol central en la definición de un adversario social.

Estos movimientos son portadores de un «patriotismo democrático radical», profundamente republicano, por el cual la Nación toma como marco de referencia la igualdad de derechos y la existencia de un Estado autónomo, en el sentido de que escapa a toda dominación extranjera. Su lucha es una lucha por la constitución e integración de la Nación. En la base, se encuentra la representación del binomio Nación-República como forma legítima de resistencia a una globalización percibida como «imperial».

Los movimientos constestatarios gestados a fines del siglo XX, inscriben la identidad nacional en un «mesianismo revolucionario» de carácter global del cual brota no sólo la construcción de una red transnacional de solidaridad y acción política, la defensa de la integración continental o proyectos transnacionales, sino también la convergencia con organizaciones alter-mundialistas. Estos movimientos, que convergen en la expresión de un «nacionalismo de protesta», no constituyen fenómenos residuales del desarrollo o simples manifestaciones de descontento de las capas marginales de la sociedad, sino que son la evidencia de una gestación, el resultado de una nueva fase del capitalismo. El tema merece un análisis comparativo que considere no sólo la dificultad de establecer

¹ Este trabajo ha sido elaborado a partir del primer informe de un proyecto de investigación en curso sobre construcción de identidades en América Latina en el marco de la globalización. Programa «*Diasporas, échanges, identités*», FRAMESPA – Diasporas (UMR 5136 CNRS / Université Toulouse II), Francia.

paralelos entre sociedades diferentes -la distancia entre los países del cono sur y el mundo andino es enorme-, sino también entre organizaciones sumamente heterogéneas con tendencias diversas y que gravitan distintamente en sus respectivas sociedades. Las coincidencias a nivel de las representaciones políticas, así como la voluntad de resistir a un modelo económico-social, permiten afirmar que es posible hablar de un espacio político con características comunes, que corresponden a las ideas de una época, lo cual posibilita analizar este espacio como un conjunto.

El análisis de la «cuestión nacional» intenta superar una cierta perspectiva analítica que tiende a oponer estos nuevos movimientos a los anteriores, absolutizando la novedad de su ideología y de sus modos de organización. Toda una serie de fenómenos, considerados como específicos de las organizaciones de este espacio, ya estaba presente en los populismos o en ese «Marxismo de Indias», profundamente influenciado por el nacionalismo. Muestra también cómo en América Latina, la Nación permanece como la forma dominante del lazo social o es todavía un proyecto a construir. El caso latinoamericano ayuda a tomar conciencia de que la Nación es una categoría histórica y a ilustrar cómo en diferentes épocas la cuestión nacional sirve a intereses diversos y toma matices diferentes.

Finalmente, la reflexión sobre los movimientos latinoamericanos permite dar cuenta del Estado y de la Nación, así como de la soberanía -tanto nacional como popular-, en un contexto en el cual esas «fronteras», que constituían compartimentos semi-estancos de lucha de clases y permitían organizar el monopolio de la violencia legítima, son fuertemente cuestionadas.²

La perennidad de la cuestión nacional en América Latina

En los años 1990, en un contexto internacional caracterizado por el debilitamiento de los actores políticos, tanto estatales como de clase, y por la pérdida de las orientaciones totalizadoras, la consolidación de la democracia, el fin del proteccionismo económico, la desaparición del anti-imperialismo y la atenuación de las rivalidades limítrofes, sugeriría la retirada definitiva de la escena política latinoamericana del nacionalismo, y de la forma más importante que adoptó en la región,³ el populismo.

El nacionalismo latinoamericano, en sus formas tradicionales, se ha visto doblemente afectado por el orden emergente del fin de la guerra fría. Primero, la crisis de las formaciones sociales, nacidas de los regímenes nacional-populares, y la descomposición del modelo nacional-desarrollista que de ellos resultaba, supusieron una profunda redefinición de las identidades y del conjunto de las ideologías. Segundo, como resultado del fin de la concepción del espacio que había caracterizado a los siglos XIX y XX, Latinoamérica se confronta a una ruptura casi absoluta con la lógica que ha producido

² Sobre este tema ver, A. Joxe, *L'empire du chaos*, París, La Découverte, 2002.

³ La América Latina de la post-guerra fría se diferencia radicalmente del escenario de la guerra fría: la mayor parte de los gobernantes han sido elegidos democráticamente y poseen legitimidad de origen; la economía de mercado es hegemónica; los procesos de integración regional tienen un éxito relativo, y la relación con los Estados Unidos pasó de la oposición a la cooperación. En el Cono Sur, la generalización de la democracia y la expansión del *ethos* de los derechos humanos puso en crisis las formas autoritarias tradicionales.

esferas de identificación que remiten a aquellas evocadas por las rivalidades de vecindad. Los años '90 no significaron el retorno de conflictos limítrofes cargados de nacionalismo chauvinista.⁴

En la post-guerra fría, Latinoamérica era una región donde la Nación era desalentada por los gobiernos, incluso en aquellos países donde nunca se consolidó. En diversos grados, las sociedades latinoamericanas se caracterizan por una heterogeneidad estructural, en particular, por la existencia de múltiples comunidades culturales que conocen fuertes dificultades para consolidar tanto una identidad nacional como una identidad cívica. Sin embargo, en una coyuntura donde los riesgos de desmembramiento se acrecentaron debido a las consecuencias de un nuevo modelo de acumulación que potencializan la fragmentación social y espacial, el imaginario patriótico tendrá un rol decisivo.⁵

En la mayor parte de los disturbios internos provocados por la aplicación de las políticas de ajuste del FMI durante los años '90, la referencia a la soberanía nacional y a la Nación han ocupado el rol de recurso simbólico mayor. Los conflictos sociales de estos años han expresado, de manera progresiva, el apego a una cierta idea de Nación haciendo de la misma su principal referencia. Diversos y variados movimientos, que han emergido o se han consolidado como consecuencia de los conflictos sociales, reafirman la defensa de la soberanía nacional, desplegando un «nacionalismo de protesta». Este arraigo a la Nación es una de las principales evidencias del impacto y de la percepción de la mundialización neoliberal en el seno del continente latinoamericano.

Estos movimientos sociales,⁶ desarrollan una acción colectiva portadora de un conflicto social que cuestiona la forma de apropiación de los recursos de la sociedad. A diferencia de los principales movimientos sociales de las sociedades post-industriales, los latinoamericanos, persisten en organizar las sociedades a partir de la percepción de la existencia de un conflicto fundamental. Expresan la voluntad de dar prioridad a lo «social», demandando una acción de redistribución -no necesariamente igualitarista-, desti-

⁴ Los conflictos entre Perú y Ecuador en 1995, entre Honduras y Nicaragua en 1999 y, más recientemente, entre Bolivia y Chile y Colombia y Venezuela, muestran que el viejo paradigma de la lógica de la vecindad territorial aún persiste. Ahora bien, si el resurgimiento de conflictos de soberanía puede explicarse por el peso residual del territorio en el imaginario colectivo, en la post-guerra fría, es necesario considerar que ya no son más las hipótesis de conflicto tradicional, ligadas a las ambiciones territoriales de un país bajo la forma del expansionismo o la descolonización, sino el debilitamiento de la soberanía y la pérdida del monopolio de la violencia por parte del Estado, en las regiones fronterizas, las que generan el desarrollo de entidades consideradas amenazantes.

⁵ En América Latina, los nacionalismos han aparecido, generalmente, ligados a la construcción y reconstrucción de una identidad estatal fundadora de un proyecto de Nación. Tradicionalmente, es la fusión y no el desmembramiento lo que el nacionalismo ha promovido. Los temores suscitados por la fragmentación social y territorial han tenido siempre un rol central en la constitución del nacionalismo latinoamericano.

⁶ Los movimientos sociales son una forma particular de conducta colectiva. En su sentido más amplio, el movimiento social hace referencia a diferentes formas de movilización colectiva, ligadas a la conservación o subversión del orden social. Implica la movilización de un actor colectivo o una acción colectiva organizada, establecida contra un adversario social por la administración, apropiación o control de los recursos. En esta acción, los actores se movilizan, se oponen y se enfrentan por la utilización de los recursos. Todo movimiento social se define por la combinación de tres principios: identidad, oposición y totalidad. En América Latina, la delimitación de un movimiento social es problemática dado el complejo y ambiguo conjunto de las relaciones sociales. Esta aproximación a la noción de movimiento social se basa en los trabajos de A. Touraine.

nada a combatir las desigualdades, promoviendo la universalización de los derechos sociales a partir de la intervención estatal.

Ahora bien, el potencial transformador de estos movimientos no puede ser reducido a la dimensión socio-cultural: es esencialmente político. En un marco donde los partidos políticos tradicionales y los sindicatos ya no son más percibidos como herramientas de transformación, los movimientos sociales se politizaron -en el sentido clásico-, terminando por desarrollar su propio espacio, o bien, por integrarse a aquello que se percibe como nuevas coaliciones «progresistas». Expresando el descontento sin recurrir a los «políticos profesionales», estos movimientos profundizaron la crisis de representación de los partidos tradicionales. Sus reivindicaciones son encarnadas por diversos actores colectivos, comprometidos en conflictos de dimensión nacional, incluso internacional. Las revueltas en Argentina, Bolivia y Ecuador, dejaron ver una cierta sintonía, reposando sobre una convergencia de aspiraciones, entre los movimientos de contestación y la opinión de sectores heterogéneos de la sociedad, tradicionalmente no politizados.

El carácter nacional de la organización de las resistencias y de las luchas sociales ha sido una de las características de rechazo al neoliberalismo y a la globalización en América Latina. Señalando la relación entre desigualdad, neoliberalismo y globalización, movimientos de naturaleza diferente han jugado un rol primordial en la erosión del discurso neoliberal. En diversos grados, estos movimientos hegemónicos por desocupados, campesinos y poblaciones autóctonas han tenido un lugar central en la producción de un discurso contra-hegemónico que revisa no sólo el modelo de desarrollo económico y el rol del Estado, sino también las concepciones de la Nación y la democracia, obligando a repensar los fundamentos teóricos, tanto de la soberanía nacional como popular. Estos movimientos se estructuran en un contexto donde las formaciones políticas y sindicales, que tradicionalmente se reivindican de izquierda -o que han tenido un discurso de izquierda-, se han debilitado; con la consecuente reducción de influencia y capacidad de convocatoria. Este debilitamiento resulta del contexto internacional pero también de las realidades locales modeladas por las consecuencias del fracaso de los años '70 -particularmente del modelo clásico de revolución y de la lucha armada-, la atomización, la ortodoxia ideológica, la burocratización, la corrupción y el personalismo.

La lucha de estos movimientos expresa el potencial movilizador de la reivindicación de un colectivo de identificación como la Nación en un marco de fragmentación social y territorial. Las movilizaciones sociales, rechazan la desnacionalización y demandan soberanía, tanto popular como nacional. Los movimientos que lograron imponerse en la escena política han comprendido la necesidad de recomponer una identidad nacional fragmentada y vaciada de toda experiencia colectiva, expresando el deseo de retorno a la Nación como espacio de resistencia.

El apego al simbolismo de la identidad nacional aparece como un ensayo de reconstrucción identitaria o de preservación de la comunidad de destino. El mismo es inseparable de las crisis de representatividad y del desprecio por los partidos políticos tradicionales. La Nación, como estandarte, surge del repudio a la clase política considerada responsable de las consecuencias de las transformaciones económicas. Las políticas de privatización y racionalización de la administración pública y de los recursos naturales impulsaron a reafirmar el enraizamiento en la idea de Nación. La defensa del servicio público posee, indudablemente, un lado corporativo, pero también carga con

una definición del «Nosotros». Los servicios públicos son una traza del Estado-Nación en el espacio. Desnacionalizando se le saca al Estado-Nación un simbolismo cotidiano. Privatizar, significó borrar las huellas de la Nación del mercado y la sociedad, eliminar toda referencia a un interés colectivo. Generalmente, en América Latina, las políticas de nacionalización han sido percibidas como formas de reapropiación del poder soberano, en la medida en que la soberanía del Estado se expresa en las empresas nacionales.⁷ Ellas también eran el símbolo de la independencia económica, la soberanía nacional y de las alegorías de los populismos.⁸

Este retorno de la cuestión nacional es inseparable de las características del sistema internacional gestado en la post-guerra fría. En los años '90, un factor decisivo en el condicionamiento de la vida política latinoamericana es el grado de intervención de las instituciones financieras internacionales y de los Estados Unidos. Esto ha reinstalado el debate sobre la dependencia y, en consecuencia, sobre el nacionalismo. La aceptación, por parte de las élites políticas y económicas, así como por una parte de la sociedad, de la tutela de la tecno-burocracia de los organismos internacionales y de los Estados Unidos, contrasta con los sectores que adhieren a la posibilidad del aislacionismo y sostienen las políticas de nacionalización del sistema bancario y de «re-estatización» de las empresas privatizadas.

En América Latina, movimientos como los cocaleros bolivianos, los zapatistas mexicanos, el *Pachakutik* ecuatoriano, los piqueteros argentinos o el bolivarianismo venezolano, se han reapropiado de la idea de Nación a partir de una concepción histórica evolutiva que permite salir, tanto de definiciones basadas en el territorio, la historia o la lengua, como de un modelo, en el cual, el Estado, el movimiento o el partido son concebidos como íntimamente ligados a la Nación, excluyendo todo principio de una acción autónoma, en especial, de tipo comunitaria. Articulando lógicas de clase, nacionales y hasta comunitarias, estos movimientos, capaces de integrar diferentes «Otros», generan, en grados diversos, discursos radicalmente nuevos sobre la Nación. Ellos son inseparables de los proyectos inacabados de constitución de la Nación y su corolario, el Ciudadano.

Con importantes diferencias, estos movimientos reivindican, como principal objetivo político, la formación de un colectivo de identificación de tipo «republicano», capaz de garantizar la igualdad de derechos para todos por igual, sin distinción de género, etnia, raza, condición física, religión u opción sexual, haciendo referencia a la posibilidad de eliminar las desigualdades valorizando las diferencias. Para ellos, la Nación no remite a un origen mitológico a recuperar, una esencia ahistórica o una naturaleza a defender o a restaurar, sino a una construcción colectiva. Su lucha de liberación no es una lucha por independizar una esencia o una naturaleza preexistente de una dominación externa, sino un combate por redefinir los términos y las condiciones de existencia al interior del Estado y de inserción en el sistema internacional.

Estos movimientos expresan claramente un sentimiento de unidad y de pertenencia a una comunidad nacional, inscrita en un cuadro continental, depositaria de la soberanía política; definiéndose en relación a la autonomía republicana, la defensa del Esta-

⁷ En la Europa de la post-guerra, la reconstrucción estuvo acompañada de una política de nacionalización.

⁸ Ver E. Manero, «Pratiques et discours de l'altérité négative dans le cadre de la crise argentine. Une approche des violences», *Cahiers des Amériques Latines*, N° 41, Paris, IHEAL Editions/CNRS, 2003, pp. 55-76.

do-Nación, la definición territorial de la democracia y de la ciudadanía por el *ius soldis*, por la nacionalidad laica, el respeto a las minorías culturales y étnicas como principio fundador de la ciudadanía territorial, y por la política de buena vecindad como principio fronterizo. Esta reivindicación nacional está lejos de constituir el eje de una ideología que preconiza el orden social, como aquella que caracterizó a los nacionalismos integristas del siglo XIX, o que predica la pureza étnica, como los etnicismos de la post-guerra fría. Estos movimientos constituyen movimientos de carácter democrático, donde la reivindicación de la Nación está ligada a la democratización de la sociedad, la nacionalización del Estado y el anti-imperialismo. El aumento de las demandas y las expectativas de actores sociales, tradicionalmente excluidos del sistema político, otorgan a estos movimientos un profundo potencial democratizador.

Considerando a la Nación como la forma más apropiada de constitución del nexo social, estos movimientos son conscientes de que la Nación es el marco histórico en el cual actúan las diversas clases subalternas (proletariado, desocupados, campesinos). Para estos movimientos, si la Nación es el marco de su explotación -como grupo-, por el capital, en particular el capital transnacional, el desarrollo de un nuevo «proyecto nacional», inscripto en una perspectiva continental, es la única instancia de emancipación.

Estos movimientos se articulan alrededor de tres actores totalmente diferentes: los militares, los desocupados y los pueblos autóctonos. Entre ellos, los indígenas suscitan una atención particular: primero, por la relación establecida entre comunidad, Nación y nacionalismo en la post-guerra fría; luego, por el hecho de que se convirtieron, en los años '90, en un actor central de la historia política latinoamericana; y, por último, por su importancia en el marco de las luchas contra la «mundialización neoliberal». Si durante los años '90, las demandas de los indígenas se expresaron en torno a su identidad étnica y cultural, a fines de esos mismos años, sus acciones y reivindicaciones se han dirigido a plantear el conflicto más allá de la cuestión étnico-comunitaria, para inscribirlo en una problematización de las relaciones de dominación a nivel nacional e internacional. Combinando la afirmación de la identidad con la integración en la sociedad nacional, e impulsados por un deseo de incorporación, son la antípoda de ese «llamado» a un colectivo de identificación reducido que caracteriza el etnicismo de la post-guerra fría. La utilización del idioma aparece como una metáfora de la relación con un «Nosotros» nacional. Las poblaciones originarias parecen haber comprendido que es a través de su lengua que ellas conservan su identidad, pero que es el español el que les permite compartir con el resto de la sociedad su lucha contra las injusticias.⁹

Lo político y lo social

La defensa y la reivindicación de la soberanía nacional, así como el llamado a la reconstrucción de un colectivo de identificación nacional, no son una exclusividad de los movimientos sociales. Desde fines de los años '90, diversas fuerzas de oposición desarrollan en América Latina un discurso que reivindica tanto la Nación como comunidad de destino como el rol del Estado: Frepaso (Argentina), PRD (México), FA (Uruguay), PT (Brasil). Sin embargo, estas fuerzas tendrán un grado de radicalismo y de contesta-

⁹ La reivindicación de la «negritud» en Brasil no cuestiona ni al Estado ni a la identidad brasileña.

ción al neoliberalismo visiblemente inferior al de los movimientos sociales. Si bien coinciden con la voluntad de revertir el proceso de des-nacionalización, estos partidos políticos han mantenido la separación respecto a los movimientos sociales.

A principios del siglo XXI, coexisten en América Latina dos formas de renovación de la representación política que -a niveles muy diferentes-, hacen referencia a la integración regional y social, critican al neoliberalismo y se autoperciben como «progresistas» o de «izquierda»: las coaliciones de tipo social-demócrata en el sur del continente -como el caso chileno, argentino, uruguayo, brasileño-, y el neo-populismo plebiscitario -del cual H. Chávez es el paradigma. En cierto grado, la institucionalización de esta realidad tiene elementos en común con el rechazo de los electores europeos frente a las fuerzas conservadoras, del cual la ola social-demócrata de la segunda mitad de la década del '90 fue la manifestación más evidente. Es necesario tener presente que los nacionalismos populistas en América Latina han jugado el rol de las social-democracias en Europa, siendo la forma adoptada por el Estado benefactor en la región.

Los gobiernos de Chávez a Vázquez, pasando por Lula y Kirchner, evidencian el fin del ciclo de reflujo de movimientos «progresistas» iniciado con el terrorismo de Estado en los años '70. Como resultado, la resistencia al neo-liberalismo se expresó por medio de movimientos sociales heterogéneos, articulados sobre cuestiones diversas: la lucha por la tierra, las reivindicaciones culturales, la oposición a las privatizaciones, y la organización frente al desempleo.

Las elecciones en Brasil (2002) y en Argentina (2003), aportaron una novedad mayor, ya anunciada bajo otras formas por la victoria de Chávez a fines de los '90: la reintroducción del elemento ideológico. Lula y Kirchner, durante la campaña electoral, han definido un programa claramente anti-neoliberal. La política ha recuperado un substrato ideológico expresado en la opción entre el mercado y el Estado. Esta reconstrucción del Estado está ligada al llamado a la Nación: la desnacionalización y la vulnerabilidad externa demanda un programa de reconstrucción nacional. Ahora bien, si la instalación de gobiernos que se presentan como de «izquierda» refleja el rechazo al neoliberalismo, la práctica política, tanto del PT¹⁰ como del peronismo, dista enormemente de la originalidad contestataria que los había caracterizado. La elección de Lula ha sido un indicador de una tendencia del pueblo brasileño. Brasil ha visto a fines de los '90 un fuerte desarrollo de un nacionalismo con componentes cada vez más anti-americanos. El mismo se arraiga en la tradición que sostiene que los Estados Unidos impide el desarrollo de Brasil, su seguridad nacional y su ambición de influencia. Así, sectores que van de la izquierda hasta los militares demandan una actitud más frontal *vis-à-vis* de la potencia hegemónica. Si el sentimiento de cambio y la base social que orienta la acción del PT tienen un denominador común con otras organizaciones políticas latinoamericanas, existen importantes diferencias históricas, ideológicas, organizacionales y de cultura política. Lula expresa, bajo otra forma, la revitalización de los sentimientos nacionalistas, anti-imperialistas y de transformación social que vive la región. Aunque Lula

¹⁰ En Brasil, el MST -un movimiento autónomo que tiene una relación fluida con el Estado y con el PT-, sin enfrentar al gobierno, señala la ausencia de reformas estructurales así como un debilitamiento de los movimientos sociales. Dicho movimiento sostiene que la victoria de Lula ha cambiado la correlación de fuerzas, pero no ha puesto fin al modelo neoliberal. El MST continúa con su política de ocupación de tierras y de combate contra las *agrobusiness*.

tenga características de líder carismático, que su estilo no sea muy protocolar y que su discurso posea ejes comunes con Chávez y Morales, es un fenómeno político diferente.¹¹ Lula se apoyó en la construcción de un partido, que se desarrolló durante la democracia, en alianza con sectores diversos y sobre la base de la democracia participativa.

El caso argentino es otro ejemplo interesante de la reivindicación del Estado y del llamado a un «proyecto nacional». A diferencia de las elecciones de 1995 y 1999, las elecciones de 2003 expresaron una alternativa a la gestión de un modelo económico-social. En las elecciones que posibilitaron el triunfo de Kirchner, los ciudadanos no están frente a una alternativa de sociedad en el sentido de capitalismo/socialismo, sino a una alternativa de formas de capitalismo en el sentido neoliberal/neo-desarrollista. Si este debate es transpartidario -las dos posiciones se encontraron al interior de los mismos partidos políticos-, tiene una importancia decisiva para el peronismo dado el fuerte arraigo en la cultura política populista de la intervención estatal y el nacionalismo. En la base de la popularidad de Kirchner, se encuentra la intención de recuperar el rol regulador del Estado, frente a los diversos intereses corporativos, y la posibilidad de existencia de un Estado con un cierto margen para defender y afirmar la autonomía y la soberanía nacional. Con un discurso llamando a construir un capitalismo nacional autocentrado, esta administración intenta re-negociar los términos de inserción en la globalización. El cambio en la dirección del Estado, producido por la llegada al poder de partidos políticos auto-declarados «progresistas», ha hecho surgir, en los movimientos socio-políticos, nuevas cuestiones: la de la relación con las fuerzas políticas con las cuales comparten caracteres comunes; la del paso de la movilización a otro tipo de acción que no sea la confrontación; la de la participación o no en el gobierno. El dilema central finalmente es: cómo hacer para continuar construyendo sus propios movimientos en tanto que los gobiernos intentan dividirlos y cooptar a sus dirigentes? Si todos los movimientos comparten estos dilemas, las dificultades para la construcción de un proyecto político con aspiraciones hegemónicas son bien diferentes. El nuevo contexto político ha debilitado y dividido a los movimientos sociales, lo cual puede conducir a un período de repliegue y desmovilización.

Estos movimientos se han visto obligados a pasar de una lógica de «contra-poder» y resistencia, a una lógica de «poder» más tradicional, relativamente distante de las nuevas «formas de hacer política» por ellos proclamadas. Esto implica el abandono de las dinámicas propias a la resistencia y la construcción de formas más institucionales. Toda una serie de rupturas que conducen al riesgo de romper la cohesión de la organización y la movilización.

Si desde los años '90, América Latina asiste a una multiplicación de movimientos político-sociales, portando reivindicaciones, en los cuales el llamado a la Nación presenta un rol central, la pretensión de conjugar reivindicaciones de tipo nacional, con el replanteo del orden social, no nace de ninguna parte. Si bien ha habido novedades importantes, esta pretensión de inscripción de la Nación en las luchas sociales nacionales e internacionales, debe ser relacionada con otras experiencias políticas regionales anteriores.

¹¹ La identificación de Lula con toda forma de populismo, en particular con G. Vargas, ha sido tradicionalmente rechazada por el PT.

Palingénesis en el mundo andino

En América Latina, en el marco de una tradición de *nation-building* fuertemente desarrollada, la crisis y el debilitamiento del Estado reintroducen en la post-guerra fría, bajo nuevas formas, la idea de una misión de los militares en proyectos nacionales en ruptura con representaciones políticas y estratégicas transnacionales. Esta idea aparece como un relectura del tradicional rol palingénésico de las Fuerzas Armadas latinoamericanas. En el mundo ibérico, en general y en latinoamérica en particular, la intervención en política, de la cual el golpe de estado fue la forma más común, ha sido tradicionalmente percibida como un elemento regenerador de la *Polis*. La idea, compartida tanto por los militares como por los nacionalismos integristas, según la cual se puede reconstruir la Nación y la Patria a partir de las Fuerzas Armadas, aparece como una reconfiguración del imaginario clásico, transcripto en Roma y expandido en Occidente, que considera que la legión puede reconstituir la *Cité*.¹² Ella es inseparable de una visión profundamente teleológica de la historia. Si bien es en la América «andina» e «india» donde el fenómeno es más evidente, el mismo tiene un carácter continental. Los militares *Bolivarianos* en Venezuela, los *Coroneles* ecuatorianos, los *Etnocaceristas* peruanos, los *Carapintadas* en Argentina -con sus diferencias internas-, ilustran la fuerte ambigüedad de este espacio. Estos grupos han hecho de émulos en países como Bolivia, Honduras, Perú y Colombia.

En los años '90, una parte de los militares latinoamericanos parecen pasar del conservadurismo al neo-populismo. Esta modificación ha supuesto una mutación importante en las Fuerzas Armadas que, tradicionalmente, han tenido un rol ideológico conservador combatiendo los populismos y los movimientos de izquierda.¹³ De manera paradójica, en la post-guerra fría, sectores de las fuerzas armadas —o ligados a ellas—, tienden a recuperar gran parte de los postulados que caracterizaron a las organizaciones que ellos mismos habían desarticulado, vía la “guerra sucia”, en el curso de las décadas pasadas. El caso venezolano, por una cuestión de generación, es una excepción.

En la globalización, las representaciones estratégicas, fundadas en concepciones geopolíticas o en ideologías de extrema derecha, tradicionalmente arraigadas en el pensamiento militar latinoamericano, tienen un carácter marginal, dejando lugar a representaciones de tipo transnacionales, próximas a las desarrolladas por los Estados Unidos. Estas representaciones, no se limitan a los militares que adhieren a la «internacionalización» de las fuerzas armadas. Ellas están fuertemente implantadas en grupos sociales que tienen una idea conservadora del mundo y de la vida social. El intento de golpe de estado contra H. Chávez en abril de 2002, demuestra tanto la continuidad de los militares en su rol tradicional de garantes del orden social, como las contradicciones al interior de la institución.

En el desorden global, el «Pretorianismo», como modelo militar tradicional hegemónico en América latina, comparte el espacio no sólo con el «Condottierismo», conse-

¹² Sobre este tema, ver, A. Joxe, *Voyage aux sources de la guerre*, París, PUF, 1991, p. 172.

¹³ El debate televisado entre H. Chávez y F. Castro, el 30/10/2000, cargado de simbolismos, señala este nuevo lugar otorgado a los militares: los dos protagonistas estaban vestidos con uniforme de combate e insistieron largamente en la historia militar de América Latina, en la lucha por la independencia y en las figuras de Bolívar y Páez.

cuencia de la participación en misiones de paz, sino también con un modelo¹⁴ «Hoplítico», resultante de una identificación manifiesta de los objetivos de la Nación y de la Patria con los de la institución militar. Este modelo responde a la ligazón de la institución con un proyecto político determinado, el cual puede implicar -o no- la subordinación al poder constituido y el respeto -o no- de las formas de la democracia representativa y de la constitución. Si los *Carapintadas* argentinos acuden a argumentaciones de tipo meta-constitucionales y a garantes metasociales, en Venezuela, la referencia a la Constitución Bolivariana es permanente.

La heterogeneidad del espacio militar y la persistencia de un imaginario nacionalista profundamente anclado en ciertos sectores, es un dato que, ni el continentalismo de las fuerzas armadas ni la influencia de los Estados Unidos -vía la Doctrina de la Seguridad Nacional-, han podido eliminar completamente. Entre los militares, la reivindicación nacionalista es estructural a su representación del mundo. El nacionalismo de las fuerzas armadas brota de un orden específico. Es inherente a su función, resultado de su profesión, y ligado, en particular, a su rol en la formación del Estado y de la Nación. El mismo es consecuencia de su función geo-política e histórica centralizadora. En la post-guerra fría, este nacionalismo es profundamente afectado por la redefinición de la institución militar. La pauperización de los militares,¹⁵ los cambios ideológicos derivados del fin de la guerra fría, la reivindicación de la Nación como espacio de resistencia frente a la globalización, la modificación ideológica de los populismos, el retorno del panamericanismo y el repliegue identitario en los países andinos, convergen hacia un nuevo y heterogéneo fenómeno político; aunque el mismo pueda presentar, sobre todo a nivel discursivo, una cierta semejanza con las experiencias políticas de los militares considerados tradicionalmente “progresistas” (Cárdenas, Velasco Alvarado, Torres, Torrijos, Perón, Arbenz, etc). Estos movimientos combinan elementos de la cultura político-militar latinoamericana con el imaginario nacional-popular, fusionando las tradiciones del nacionalismo con problemáticas propias de la post-guerra fría, como la cuestión ecológica, las «nuevas amenazas», la identidad étnica o las nuevas tecnologías.

Este nacionalismo, ligado al pensamiento militar, establece su identidad en medio de la resistencia a los proyectos de ajuste, en la sociedad en general y en la institución militar en particular. Estos movimientos intentan encontrar legitimidad en la sociedad civil, estableciendo lazos con sectores afectados por la crisis y por los efectos del ajuste económico; compartiendo el apoyo, tanto de organizaciones de izquierda como de sectores tradicionalmente autoritarios. Los militares tienden a considerarse como el único sujeto social capaz de generar una oposición al modelo neo-conservador, levantando las

¹⁴ Hemos querido desarrollar un marco conceptual uniforme que pudiera facilitar la adopción de una aproximación común, considerando que el tema genera múltiples conexiones que trascienden la época y las sociedades estudiadas. Esta noción es instrumental y no ontológica: el modelo no es objeto de comprensión sino su medio. Esta manera de pensar el rol de los militares son «tipos ideales» que representa lo real sin pretender agotarlo y que permiten especificarlo en el curso de la demostración. Ver E. Manero «La reconversión de identidades militares en América Latina en los '90 o el atemporal tema del traidor y del héroe», en A. Fernández (dir.), **Globalización, fragmentación social y violencia**, Rosario, Homo Sapiens, 1997, pp. 99-116.

¹⁵ Los años '90 han acentuado la caída del nivel social de los miembros de las fuerzas armadas surgida con las transiciones democráticas. La misma se expresó en el fin de la promoción social ligada a la actividad militar y en la caída del nivel de ingresos.

banderas de la justicia social, el anti-imperialismo, la soberanía y la autodeterminación. Estos movimientos político-militares populistas de tipo nuevo, constituyen un desafío latente a la sumisión al modelo armado «global» -basado en el *peacekeeping*-, encarnado en las fuerzas armadas latinoamericanas, de las cuales las argentinas fueron el caso paradigmático en los años '90.

Con diferencias, este espacio manifiesta un fuerte rechazo a las políticas de seguridad de los Estados Unidos, asumiendo, su discurso, un carácter marcadamente anti-imperialista. Las teorías conspirativas, una tradición del nacionalismo latinoamericano, ocupan un lugar central en sus representaciones políticas y estratégicas. Los Estados Unidos tendrían como objetivo prioritario la desarticulación de las fuerzas armadas latinoamericanas. En una coyuntura donde el peligro comunista ha desaparecido, los norteamericanos buscarían desarrollar, a partir de la «nuevas amenazas» y misiones, una disminución progresiva del rol de los militares en la sociedad transformándolas en Fuerzas de Seguridad. El objetivo sería evitar toda posibilidad de que los militares devinieran en portavoces de las demandas sociales, adquiriendo un carácter contestatario. La reivindicación por los militares de la transformación social evoca, también, ese otro significado del término palingenesia: el retorno cíclico de los mismos acontecimientos, esa tradicional percepción en América latina de que, bajo ciertas circunstancias, las Fuerzas Armadas pueden constituirse en actores «progresistas». Evitar la destrucción del Estado en la configuración de la globalización, parece implicar, para sectores de la izquierda latinoamericana, la posibilidad de recurrir a los militares. Ahora bien, una mirada retrospectiva sobre la historia latinoamericana suscita interrogantes atávicos: cuáles son los límites de los militares en la «transformación» del orden social? Hasta dónde pueden llegar? A excepción del proceso abierto en Venezuela, que parece tener un carácter excepcional, estos movimientos distan mucho de concebir la «transformación revolucionaria» como obra de las masas organizadas, con un programa antimperialista y anticapitalista que ejerza su soberanía, construyendo una nueva economía y una nueva sociedad, basada en una nueva ética social y política, mediante el autogobierno y una democracia participativa.

Estos nacionalismos -como ciertos nacionalismos latinoamericanos durante el siglo XX-, en su constitución identitaria, intentan ligar elementos dispares o antagónicos como: tradición y revolución, patria o clase, cuestión nacional y cuestión social, soberanía nacional e integración regional, conflicto social y orden social, apareciendo como la síntesis entre un *corpus* de ideas «francesas» (libertad, justicia social, autodeterminación, soberanía nacional y popular), y elementos heredados de la tradición hispanoamericana (misticismo, nobleza, dignidad caballeresca). Como todos los nacionalismos, son susceptibles de construirse sobre la base de una combinación, no necesariamente estable, de referencias positivas de la modernidad y de principios que le son hostiles.¹⁶ Elementos modernos y premodernos se combinan en todas las formas posibles en este nacionalismo militar. Discernir cuáles de estos dos componentes es más hegemónico, es central para poder inscribirlo en un sentido de progreso o reacción. Los movimientos cívico-militares, impregnados de una concepción palingenesia de la política, presentan formas diversas y representan intereses divergentes y antagónicos, desarrollando proyectos políticos que poseen poco en común.

¹⁶ Ver, M. Wiewiorka, *La démocratie à l'épreuve*, Paris, La Découverte, 1993, p. 36.

Dada su dimensión regional, el caso de H. Chávez es paradigmático. Chávez inspira a figuras radicalmente diferentes como E. Morales, los hermanos Humala o dirigentes piqueteros. La oposición de los Estados Unidos al neo-populismo venezolano reposa, entre otros factores, en el latente temor de que se enraice en otras fuerzas armadas.

La elección de Chávez en Venezuela aparece como la primera rebelión electoral de una democracia latinoamericana contra el discurso de la globalización, discurso instalado en la región de manera hegemónica desde la crisis de la deuda mexicana a comienzos de los años '80. Su elección manifiesta no sólo el fin de la idea de que democracia y mercado marchan armoniosamente juntos, sino también la crisis del sistema político venezolano estructurado en la alternancia de AD y COPEI. A diferencia de los *Carapintadas* argentinos, Chávez llegó a transformar un movimiento militar en una proposición política con una fuerte base popular, siendo elegido y relegitimado en diversas oportunidades, gracias al apoyo, indudable, de los sectores populares. Su movimiento se alimenta, no sólo del nacionalismo más tradicional, sino también de la cultura nacional-popular y marxista de los años '60 y '70.

Chávez no es simplemente el producto de una corporación militar. Si bien el componente militar es central -la participación de los militares en la estructura del Estado es muy importante-, el chavismo, como movimiento político, ha constituido un proceso de articulación de diversas luchas, que convergieron en la elaboración de un discurso contra-hegemónico y en una praxis política, que propone una ruptura con el modelo neoliberal. Respaldo por el petróleo, el chavismo confronta, a nivel interior y exterior,¹⁷ instituyendo una fuerte polarización político-social. Como los populismos latinoamericanos del siglo XX, este discurso interpela al «Pueblo», hace referencia a una perspectiva «revolucionaria» -de cambios estructurales, de justicia social y de compromiso con la igualdad-, al mismo tiempo que sostiene la necesidad de compartir el espacio con el sector privado, proponiendo un modelo mixto de desarrollo.¹⁸ Bajo la forma de una democracia plebiscitaria, se designa un proyecto político considerado como «autoritario» por la tradición liberal. La estructuración interna del chavismo difiere de los criterios de formalidad y racionalidad característicos de la democracia representativa liberal. Organización jerárquica vertical y un importante grado de burocratización, se mezclan con las características de la democracia directa o de base, del cual el mayor ejemplo es el referéndum.

Como el peronismo histórico, la coherencia interna del movimiento chavista no está basado en una identidad instrumental, racionalizada o formalizada en programas y discursos unívocos. La voluntad y los intereses de los sectores populares, se expresan de manera muy rudimentaria y mediatizada, a través de la pertenencia emocional al movimiento y la adhesión personal al jefe carismático. Chávez demuestra, en la configuración actual, la persistencia de la antigua tradición populista de la reaparición del *caudillo* para resolver los problemas graves, pero también la continuidad de una concepción de la soberanía ligada a una ideología militar *state-building*.

¹⁷ A partir de agosto de 2004, la administración Bush sostiene que -legitimado por el referéndum-, la exportación de la revolución bolivariana será el objetivo principal de Chávez. Según los Estados Unidos, esto último, junto a otras acciones del presidente venezolano, como la adquisición de armas, desestabiliza la región.

¹⁸ Página 12, 23/11/2004.

Si bien el chavismo no tiene la pretensión de ser universal, está impregnado de una visión finalista de la historia y de un «mesianismo revolucionario». Tradicionalmente, los nacionalismos populistas y jacobinos latinoamericanos -del peronismo al sandinismo pasando por el castro-guevarismo-, se han posicionado como herederos de la Convención y de su promesa del 19/11/1792 de ayuda solidaria a todos los pueblos en lucha contra las tiranías.¹⁹ Tareas supranacionales e ideales universales, en la ideología nacional, tienen el efecto de reforzar la conciencia y la voluntad de desarrollar y afirmar la existencia soberana del Estado nacional.

El deseo de expandir la «Revolución Bolivariana» en América Latina, es la manifestación de ese «mesianismo» necesario en toda definición de revolución. La referencia a Bolívar -Chávez ha calificado su movimiento de bolivariano-, señala el carácter nacionalista en su sentido continental. La figura de Bolívar -en el Caribe, la idea de nacionalidad está profundamente arraigada al Libertador-,²⁰ se manifiesta como el símbolo de la identidad, la integración y el anti-imperialismo. El desarrollo de proyectos de carácter continental, a partir de la estructura del Estado venezolano -el ALBA, Petrosur, Bansur o Televisión del Sur entre otros-, y la reciprocidad con diversos movimientos político-sociales latinoamericanos, otorgan al nacionalismo de Chávez una inscripción internacional, constituyendo la base de la estrategia del presidente venezolano destinada a buscar un rol en la escena política regional. Esta estrategia se inscribe en una representación multipolar del sistema internacional, materializada en una activa política de acuerdos bilaterales y regionales de cooperación Sur-Sur.

A principios del siglo XXI, Chávez se instituyó en la nueva figura de referencia de la izquierda latinoamericana, apareciendo como un relevo generacional de F. Castro. Las estrechas relaciones con el «líder máximo» y con Cuba, la reivindicación del socialismo y las posiciones anti-imperialistas, han colaborado activamente en la reducción de la desconfianza que importantes sectores de la izquierda latinoamericana tenían, dado su origen militar. En la base del apoyo, lo real y lo simbólico, las transformaciones sociales y la radicalización «discursiva», se mezclan confusamente. Casi toda la izquierda latinoamericana, a excepción del PS chileno, se sintió fuertemente comprometida con Chávez en el referéndum de agosto de 2004. Una gran parte de la izquierda se refiere a Chávez sin perder, no obstante, su identidad marxista. La adhesión al chavismo no es vivida como un cambio identitario sino como una identificación con las luchas populares. Esta identificación sobrepasa el marco regional. El proceso venezolano devino en una referencia para organizaciones de izquierda europeas, principalmente trotskistas, que puján por «una revolución en la revolución», o alter-mundialistas. Las editoriales de *Le monde Diplomatique* son ilustrativos.

La adhesión de sectores de la izquierda al chavismo, reposa en dos postulados: el reconocimiento, que es la forma específica de conciencia de las «clases populares» en Venezuela, y el hecho de que toda lucha por y con los sectores populares pasa, en la coyuntura actual, por este movimiento. En esta argumentación, la forma contemporánea de la identidad popular es un episodio más en la historia de las luchas populares. Estos

¹⁹ Perón sostenía que «la causa del Pueblo argentino es la causa de todos los pueblos que luchan por su liberación en todas las latitudes de la tierra». **Los vendepatrias. Las pruebas de una traición**, Buenos Aires, Freeland, 1974, p. 4.

²⁰ Las FARC hablan del Movimiento Bolivariano para la Nueva Colombia.

argumentos son el resultado del reconocimiento de la particularidad de las sociedades latinoamericanas, de las diferencias en las formas adoptadas por los sujetos sociales «revolucionarios» en la periferia y en el centro, así como de la inexistencia de una clase obrera con una conciencia de acuerdo a los cánones del marxismo clásico.

En el mundo andino se pueden ver otras dos formas muy diferentes de este fenómeno político, que tiene como referencia a la Patria y a los indígenas, relacionando cuestiones identitarias, sociales y nacionales. El caso de Ecuador es interesante dado el interés que despertó en una parte de la izquierda latinoamericana. La relación establecida entre las organizaciones indígenas y los militares, así como el discurso nacional-popular de L. Gutiérrez, sugerirían un fenómeno que tendría similares características al chavismo. A comienzos de 2000, el golpe de estado que tomó una orientación nacional-izquierdista fue producido por oficiales medios del ejército y organizaciones indias. La crisis política provocada por la movilización indígena, apoyada por los coroneles, generó la caída de J. Mahuad. Este movimiento es inseparable de una cultura militar articulada bajo una doctrina desarrollista financiada por el petróleo, del cual L. Gutiérrez será su resultado.²¹

Si el movimiento indígena se convirtió en el interlocutor más importante de los militares, con un rol central en la elección presidencial de Gutiérrez, la alianza será efímera. El *Pachakutik* y las organizaciones indígenas solicitaron, en diversas oportunidades, la dimisión del presidente. En un marco de deslegitimación de las instituciones, donde la popularidad de Gutiérrez es muy baja, el *Pachakutik* demandó una salida política a la crisis para evitar un clima de confrontación. Para la *Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador*, CONAIE, Gutiérrez no respetó los acuerdos programáticos de la alianza creada entre su partido y la Sociedad Patriótica (PSP), cuyos objetivos eran el cambio y la transformación de Ecuador. Gutiérrez, se autoproclamó el mejor aliado del gobierno norteamericano y firmó una carta de intención con el FMI, que imponía duras cláusulas, impulsando, paralelamente, el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos. Por otra parte, sosteniendo el Plan Colombia, así como aceptando el refuerzo de la Base Militar de Manta, uno de los centros operacionales de este plan, Gutiérrez profundizó la inserción de Ecuador en el dispositivo estratégico de los Estados Unidos. La CONAIE y el *Pachakutik* rompieron con el jefe de Estado y retiraron a todos sus ministros del gobierno.²² El movimiento salió debilitado de la alianza. Gutiérrez confió cada vez más en el ejército, lo que aumentó la influencia ya importante de dicha corporación, conservó el apoyo de los movimientos indígenas evangélicos adversarios de la CONAIE²³ y nombró como ministro al líder indio, A. Vargas. Este ex-dirigente de la CONAIE, fue clave en la estrategia presidencial de erosionar el movimiento social. La estrategia tenía dos ejes: la cooptación de dirigentes y el uso de recursos del Estado para

²¹ En Ecuador, desde fines de los años '60, la dictadura militar ha impulsado la modernización capitalista. Entre 1972-1976, el gobierno de Rodríguez Lara se caracterizó por el refuerzo del Estado, la nacionalización de la explotación del petróleo y los avances en la reforma agraria. Esta política fue frenada por los sectores más conservadores del ejército.

²² La ruptura se consumó tras el rechazo de los diputados de *Pachakutik* a votar en el Parlamento las nuevas leyes de trabajo que buscaban el desmantelamiento de los derechos laborales y sociales.

²³ Gutiérrez, diversificó el marco de alianzas. La maniobra tenía como objetivo permitir la formación de una coalición parlamentaria que reemplace la alianza con los indígenas.

debilitar a las organizaciones indígenas.²⁴ Si en la región amazónica logró romper casi totalmente el movimiento indígena, en la sierra tuvo un éxito relativo. En un contexto de oposición, donde los movimientos indígenas fueron los grandes ausentes -las movilizaciones convocadas por la CONAIE en 2003 no hallaron eco en Quito-, las Fuerzas Armadas ecuatorianas, que siguen considerando tener la «obligación moral» de no permitir la anarquía, dejaron caer a Gutiérrez en mayo del 2005.

Ahora bien, más que la falta de un programa de gobierno, el fin de la alianza debe ser puesta en relación a los límites del interés común de los indígenas y los militares para neutralizar las políticas de ajuste estructural y defensa del Estado. Gutiérrez manifiesta una continuidad: la oposición del ejército a la privatización de las empresas bajo su control, acompañada por la indiferencia frente a la liberalización de los otros sectores de la economía,

En los años '70, las Fuerzas Armadas ecuatorianas fomentaron la participación directa de los militares en las empresas. Si bien al comienzo, la promoción de la industrialización estuvo relacionada con la autonomía de la defensa, la vocación industrial los orientó hacia sectores más diversificados, volcados al mercado andino. Los militares controlan empresas mineras, metalúrgicas, electrónicas, astilleros, petroleras, ocupándose de la administración de los puertos, del transporte aéreo y marítimo y de los bancos. En este contexto, la resistencia a la privatización de las empresas estatales no es sólo coherente con el interés estratégico o la ideología de la soberanía nacional, sino también central al interés de los militares como corporación.

En Perú, en un contexto de inestabilidad y desprestigio, tanto de la clase política como de las instituciones democráticas, así como de persistente convulsión social,²⁵ el Etnocacerismo,²⁶ conducido por Ollanta y Antauro Humala,²⁷ intenta erigirse, con la participación de un sector de las fuerzas armadas, en portavoz de los grupos étnicos y de las clases marginadas.²⁸ El etnocacerismo tiene su origen en una logia, autodenominada

²⁴ De su Ministerio se organizaron acarreo de indígenas pobres con el fin de enfrentar a los rebeldes de Quito. La política en Ecuador se caracteriza por una lógica clientelista. Un modelo donde el estado, distribuidor de prebendas, es concebido como un tesorero y el servicio público como una recompensa.

²⁵ Los levantamientos en Arequipa, Tambogrande, Cajamarca, Cusco, Puno, Cerro de Pasco se producen en el marco de la privatización y concesión del patrimonio nacional, de la negociación del Tratado de Libre Comercio, de la eliminación de derechos de los trabajadores y de la discusión sobre la soberanía marítima. Las ejecuciones populares son la manifestación más evidente del rechazo a la incapacidad del Estado para atender las demandas sociales.

²⁶ El Mariscal Andrés Cáceres, que encabezó una resistencia guerrillera contra el ocupante chileno, es uno de los más importantes héroes de la guerra entre Perú y Chile a fines del siglo XIX.

²⁷ Los partidarios de Ollanta destacan la actuación que tuvo contra Sendero Luminoso así como su presencia en el conflicto fronterizo entre Perú y Ecuador en 1995.

²⁸ En octubre de 2000, en Tacna, cerca de la frontera con Chile, el comandante en actividad del ejército peruano, Ollanta Humala, se subleva junto a su hermano, mayor de Infantería en retiro, Antauro Humala, recorriendo los Andes del Perú durante un mes. Acusando de fraudulento el proceso electoral del 2000, que posibilitó la reelección de Fujimori, y de corrupción a los jefes militares, los sublevados rechazaban la presencia de militares "montesinistas" en la cúpula de las Fuerzas Armadas, responsabilizándolos de la situación política y social. Los Humala depusieron las armas, tras la caída del régimen de Fujimori, siendo posteriormente amnistiados en diciembre del 2000. Luego, instituidos en referencias del Movimiento Nacionalista Peruano, el accionar político de los Humala se centró en el reclutamiento de simpatizantes, principalmente entre los miembros de las fuerzas armadas y los habitantes de las zonas marginales de las grandes ciudades, y la promoción de la ideología etnocacerista a partir de la organización de conferencias y encuentros, cuyos títulos son sumamente ilustrativos: «Identidad cultural y conflicto religioso», «Imperialismo y liberación nacional», «La crisis del generalato peruano» o «Perspectivas de una nueva

«Militares Etnocaceristas», inspirada en los Mariscales Santa Cruz y Cáceres, así como en el general Juan Velasco Alvarado (1968-1975). Los grupos de “estudio de la realidad peruana” de esta organización sostenían una doctrina de la seguridad nacional que buscaba vincular a la población con el ejército en su lucha contra Sendero Luminoso.²⁹

A partir del 2000, el proyecto etnocacerista es respaldado no solamente por militares, reivindicándose como nacionalistas, sino también por sectores de izquierda. En el marco del levantamiento de enero de 2005, diversas agrupaciones de izquierda³⁰ convocaron a una movilización de apoyo. Desde una perspectiva ideológica diferente, expresaron su solidaridad con A. Humala y su movimiento, demandando la renuncia inmediata del presidente A. Toledo, la libertad de A. Humala, la amnistía política para todos los integrantes del Movimiento Nacionalista Peruano que participaron de la rebelión y la reparación, por el Estado, a los deudos de los jóvenes etnocaceristas asesinados.

El etnocacerismo desarrolla un discurso radical y dogmático, presentándose como la opción antisistema, nacionalista y socialista. El Movimiento Nacionalista Peruano, referencia política de los etnocaceristas, dice inspirarse en intelectuales como J. Petras y N. Chomsky, comparando a los Humala con Chávez. Para A. Humala, que según la prensa peruana habría visitado Venezuela en el 2004, el régimen de Chávez, al igual que el etnocacerismo en el Perú, representa una «nueva y vigorosa corriente del nacionalismo patriota de izquierda en la milicia sudamericana». En Perú, los rumores sobre el sostén económico de los Círculos bolivarianos son permanentes. Toda una serie de postulados del MNP -reivindicación indígena, protección de la ecología, antiglobalización, rechazo al capitalismo y a las asimetrías del comercio mundial, crítica al gobierno de EE.UU-, muestran similitudes con diversos movimientos político-sociales latinoamericanos opositores al neoliberalismo. El MNP cuestiona el pago de la deuda externa, sosteniendo la exportación minera en forma excluyente por parte del Estado, y una autarquía económica buscando la «autosuficiencia alimenticia e industrial», promoviendo la resistencia a la desarticulación del espacio estatal en medio de las políticas de privatizaciones y limitaciones del presupuesto.

El MNP rechaza la política antinarcóticos estadounidense y la del gobierno peruano. Fomenta una ley que declare «libre el cultivo, la comercialización, el consumo y el

república». En febrero de 2003, en Puno, el MNP organizó el «Ier. Encuentro Interregional por la Libertad e Identidad de la Cultura Andino-Amazónica», en sociedad con la «Unión latinoamericana por la democracia participativa». La presencia en la calle también ocupa un lugar importante, destacándose la participación en las movilizaciones de protesta contra la visita de G. Bush en 2002 y el apoyo a los gremios cocaleros en 2004. En el Año Nuevo de 2005, A. Humala protagoniza una rebelión armada en Andahuaylas, después que el comando del ejército pasara a retiro a su hermano. La región de Apurímac -donde se ubica Andahuaylas-, de extrema pobreza tiene un alto valor simbólico, fue sede de la gesta guerrillera de uno de los referentes del movimiento: Andrés Cáceres. Los etnocaceristas fueron detenidos y acusados por los delitos de rebelión, secuestro, arrebato de armas de fuego y homicidio calificado. La rebelión desestabilizó al frágil gobierno de Toledo relanzando políticamente a los líderes etnocaceristas. De regreso a Lima, como oficial retirado, en febrero de 2005, Ollanta fue acogido y apoyado por diversos sectores, asumiendo un perfil más político que militar, con un discurso antisistema respaldando el movimiento insurgente. Para él, Toledo carece de legitimidad debido al repudio de la población, su incapacidad y las denuncias de corrupción.

²⁹ Esta logia es considerada, por el ejército, como un grupo clandestino dedicado a realizar un análisis crítico y cuestionante de las Fuerzas Armadas, empleando metodología marxista.

³⁰ Fuerza de izquierda socialista, Congreso bolivariano de los pueblos -Capítulo Perú, Agora Popular Juvenil, Uníos, Comité Malpica, Movimiento por la defensa del planeta, la vida y la ecología, Movimiento cristiano revolucionario, Disidencia estudiantil, Movimiento Democrático Pueblo Unido.

transporte de la hoja de coca», aunada a la promoción estatal de la industrialización de dicha planta y al retiro de todas las organizaciones no gubernamentales de las cuencas cocaleras del Perú, así como el «inmediato y definitivo» cese de la erradicación de la hoja de coca. La crítica a la estrategia de los Estados Unidos para la región es un elemento central en el discurso. En marzo del 2003, los etnocaceristas peruanos se reunieron con reservistas bolivianos para discutir cómo «luchar juntos contra el dominio del imperialismo americano». Ahora bien, la plataforma política del MNP es ilustrativa de la existencia, en la doctrina de este movimiento, no sólo de elementos sumamente contradictorios, sino de marcas profundas del nacionalismo más “arcaico”, entendido en el sentido etimológico del término: “comienzo y origen”. Profundamente críticos de la democracia como sistema de gobierno y de los partidos políticos como actores institucionales, el MNP propugna fundar una Segunda República Peruana, el reestablecimiento de la Constitución de 1979 y el rescate de la ética en la función pública. Esta última, habría sido, según el MNP, una característica del Incario. Proponen aplicar los preceptos del imperio incaico: «no ser ocioso, no ser ladrón y no ser mentiroso», y reponer el decreto de 1824, expedido por S. Bolívar, que castigaba con la pena de muerte el robo de bienes públicos.

Adeptos a las teorías del complot, como el seineldinismo en Argentina, los Humala sostienen los postulados promovidos por L. La Rouche y su esposa H. Zepp sobre un complot internacional, liderado por EE.UU. e Inglaterra, para suprimir a las fuerzas armadas de las naciones subdesarrolladas, estableciendo un modelo similar al de Panamá o Costa Rica. El MNP considera que existe una «ofensiva ideológica foránea», que, aprovechando el desprestigio de las fuerzas armadas peruanas por los casos de corrupción, buscaría eliminarlas transformándolas en fuerzas de seguridad.

Coherentes con el geopoliticismo tradicional latinoamericano, los Humala otorgan una fuerte importancia a variables tradicionales del poder como la demografía -propugnan la cuadruplicación de la población peruana-³¹ y el territorio. El irredentismo ocupa un lugar central en el discurso del MNP. Cuestionan el tratado de límites entre Perú y Chile, declarando que Perú ha sufrido, por acción de Chile, la amputación de su mar territorial sureño, a la altura de Ilo, Marcona y Tacna, sosteniendo la necesidad de reforzar a las Fuerzas Armadas para hacer frente a una posible guerra con ese país. En relación a Ecuador, desconocen el tratado de límites de Itamaratú rechazando la entrega del territorio denominado Tiwinza.³² Ahora bien, el MNP sostiene que si en Ecuador gobernara la CONAIE, en Bolivia E. Morales y en Perú el MNP, desaparecerían los conflictos limítrofes siendo un primer paso para la integración. Para el MNP, la reunificación de las tres repúblicas incaicas es una prioridad. Este movimiento aboga por el regreso a una “edad de oro”, donde las poblaciones originarias eran “bien gobernados” por el Inca.

La ideología del etnocacerismo carga con una concepción mesiánica y milenarista, donde el mito del *Inkarri* aparece bajo formas nuevas. El MNP sostiene que la situación de subdesarrollo del Perú, resulta de la discriminación, incultura y pobreza que sufre la “ma-

³¹ El MNP propugna que desde el tercer hijo, serán “hijos de la Patria”.

³² El MNP sostiene que el tratado que establece la paz y los límites con el Ecuador fue firmado por extranjeros: el presidente Fujimori, «de nacionalidad japonesa», y el canciller Fernando De Trazegnies, «de nacionalidad belga».

yoría nacional cobriza: indios, cholos y zambos”. Las formulaciones y postulados teóricos en relación al aborigen del etnocacerismo, difieren tanto de los indigenistas secesionistas como del *Pachakutik* ecuatoriano o del Movimiento al Socialismo Boliviano (MAS). Sobre una concepción esencialista, donde se mezclan confusamente sangre, suelo y lengua, los Humala plantean la superioridad del peruano indígena, el cholo y el indio, y consideran que los blancos ya han dado pruebas de su incapacidad y fracaso.³³

En este marco, el militante de la organización³⁴ -pantalones de fajina, borceguíes, remera negra, quepi o sombrero con una banda tejida indígena-, vendiendo el periódico «Ollanta» es rápidamente asimilado a los camisas pardas ofreciendo el «*Völkischer Beobachter*», aunque, indudablemente, son fenómenos políticos muy diferentes. Como en otras experiencias latinoamericanas, la recuperación del orgullo por lo cholo y lo indígena, tiene más que ver con la reivindicación de los “cobrizos”, como los denomina el MNP, como “esencia” de la nacionalidad, que con una superioridad racial. Expresando la necesidad de la “reafirmación del oprimido”, sus postulados están más cerca, independientemente de las diferencias ideológicas, de F. Fanon y de Malcom X que de la antropología racial o de A. Rosenberg.

La temporalidad de la “revolución” en los movimientos de Chávez y Humala, radicalmente antagónica, ilustra sobre diferencias profundas. Para el etnocacerismo, el mito del *Inkarri* y del retorno del Inca -que tendría como objetivo desarrollar un proceso de legitimación del poder-, presenta la revolución como restauración. En el lenguaje de los mitos, como en las novelas populares o en las telenovelas latinoamericanas, todo hecho que aporte justicia o repare errores toma, frecuentemente, el sentido de una restauración de un orden ideal anterior. El futuro, que es necesario conquistar, está legitimado en el recuerdo de un pasado perdido, guardado en la memoria colectiva. Ese pasado se liga al presente por un proyecto de Nación futura. Por su parte, el chavismo apela a una visión más compleja del fenómeno revolucionario. Sin abandonar la reivindicación del pasado, como fundamento de una legitimidad dada por la historia, “la Edad de Oro” se encuentra en el porvenir. El chavismo subraya el carácter sin precedente de su acción política, manifestación de un régimen nuevo de historicidad. Herederos de una concepción nacida con la Revolución Francesa, la «revolución» implica la noción de transformación absoluta, la idea de que el curso de la historia recomienza. La revolución comporta una novedad, una ruptura radical con el pasado, una percepción de un tiempo diferente dada por la liberación del antiguo orden.

Más Demos que Etnos

Del llamado a la reconstrucción del Estado, en nombre de un colectivo de identificación como la «Nación», participan, igualmente, movimientos donde la reivindicación étnica y la cuestión de los pueblos pre-existentes a los Estados-Nación son centrales. La

³³ Según el MNP, hubo siete grandes civilizaciones, todas formadas -en los lugares más propicios del planeta. Lo que hacía superiores a los Incas era la capacidad de adaptación a las condiciones extremas de los Andes.

³⁴ La organización está formada por dos tipos de células: los núcleos y los batallones.

post-guerra fría³⁵ ha estado caracterizada por la emergencia de movimientos afro-latinoamericanos y amerindios -Mapuches en la Patagonia, Aymaras y Quechuas en los Andes, Mayas en América Central, Kunas en Panamá-, en las sociedades del sub-continente.³⁶ Estos movimientos preceden, diferenciándose, de los movimientos replegados sobre identidades míticas homogéneas que caracteriza la inmediata post-guerra fría, mostrándose al amparo de derivaciones racistas. Si las concordancias cronológicas y las similitudes programáticas son innegables -la casi totalidad de los movimientos manifiestan una voluntad de emancipación, apropiación y dominio de la modernidad, criticando el modelo económico neoliberal-, los proyectos indígenas no son homogéneos.

Iniciados en los años '60, estos movimientos han pasado por sucesivas fases: sociales, sindicales, culturales y políticas. Extraen su fuerza y legitimidad de una historia de cinco siglos de resistencia, en la cual se ha forjado la conciencia indígena. El modelo económico de los '90 ha provocado una vulnerabilidad creciente en sus poblaciones. La reducción de su base económica de supervivencia es inseparable de su movilización por la defensa de su propia existencia. Las movilizaciones y los levantamientos indios constituyen una etapa importante en el cuestionamiento al modelo económico liberal.

En todos los países latinoamericanos, la emergencia de estos movimientos se produce en el contexto de la declinación de los movimientos sociales clásicos. La emergencia debe ser considerada, en el marco de la aparición de nuevas élites en el seno de las comunidades tradicionales y de la ruptura de las unanimidades comunitarias, provocada por la modernización y la acumulación de experiencias en contacto con el exterior. Este último punto es irónico. Las ONG, instrumento del neoliberalismo para intervenir en lo social y producto de la globalización, han tenido un rol central en el desarrollo de las organizaciones indias.

Si bien entre los indígenas hay una larga historia de declaraciones de guerra al Estado -tanto bajo la forma de imperio como de república oligárquica-, estos movimientos son esencialmente pacíficos y democráticos. El reconocimiento identitario acompaña el deseo de modernización cultural, económica y social. Sus reivindicaciones giran en torno de la autonomía, de la defensa de su herencia cultural y de sus territorios. Estos movimientos han contribuido notablemente a imponer el reconocimiento de la pluriculturalidad de las Naciones y son, por medio de sus organizaciones y portavoces, agentes del debate democrático y de la renovación de la perspectiva igualitaria, teniendo un rol fundamental en la reconciliación de los principios de diversidad e igualdad.

En un período de tiempo muy limitado, estos movimientos han pasado por la insurrección, la construcción de largas alianzas sociales, la creación de un frente electoral, la participación en las elecciones, la integración en los gobiernos y el retorno a la oposición y a la lucha en la calle. Tanto en Ecuador como en Bolivia, los partidos surgidos de las luchas indígenas han hecho avances importantes en el reconocimiento político de su identidad en el seno del Estado, obteniendo diputados, embajadores, alcaldes y ministros. El Estado se ha convertido en un canal importante para la promoción social de las

³⁵ En América Latina, durante la guerra fría, con la excepción de los Miskitos en Nicaragua, la referencia a la cuestión étnica ha sido marginal. En el caso de los Mayas de Guatemala o de los Aymaras de Bolivia, el tema debe ser puesto en relación a la búsqueda de un fundamento para la construcción de la identidad nacional.

³⁶ Para un análisis más profundo de este tema, ver los trabajos de I. Le Bot, en particular, *Violence de la Modernité en Amérique Latine*, París, Karthala, 1994.

élites indias. Desde los años '90, las reformas institucionales y constitucionales, realizadas o en curso, toman en cuenta la cuestión indígena. En Indoamérica, a pesar de la división y fragmentación, estos movimientos influyen la toma de decisiones e inciden en la relación de fuerzas, impactando en los procesos de democratización.

La participación política de estos movimientos ha debilitado a la izquierda tradicional, marcando el fin de la subordinación de las organizaciones indias y campesinas a la izquierda política o sindical. Esta autonomización de las organizaciones indígenas respecto de los partidos, sindicatos y grupos religiosos de izquierda no ha estado acompañada por la autonomización ideológica. Las representaciones del mundo y de la sociedad que estos movimientos producen, se nutren de las diversas influencias político-culturales de la izquierda latinoamericana, de la teología de la liberación y de las prácticas de organizaciones campesinas y sindicales.

Los dirigentes de estos movimientos reivindican posiciones clasistas, nacionalistas, anticapitalistas y anti-imperialistas más que fundamentalismos milenaristas. Sus esquemas interpretativos están más próximos de las diversas corrientes de la izquierda o del populismo latinoamericano que del etnicismo emergente en la post-guerra fría. Son fieles a una interpretación de la «cuestión india», de la cual J.C. Mariátegui ha sido uno de sus precursores. Identificando al indio con el campesino, el teórico peruano planteó el problema del indio en el marco de las relaciones de clases, transfiriendo la cuestión racial o étnica a la cuestión agraria.³⁷ Para él, el proletariado debe constituirse como parte de un sistema hegemónico democrático de base nacional, en el cual el sostén principal provendría de las masas campesinas indígenas. Esta alianza es una condición para el socialismo y una característica de la revolución en latinoamérica y no un medio para completar un proyecto democrático-burgués inconcluso. La alianza no sería el simple resultado de una alianza de clases basada en intereses económicos sino un nuevo sujeto histórico. En su interpretación de la cuestión nacional, Mariátegui se diferencia tanto de los bolcheviques como de los austro-marxistas.³⁸

Si la autonomía política es propuesta, la escisión pura y simple es minoritaria. Estas identidades latentes al seno de una sociedad política no deben ser consideradas como pretendientes al status de Estado. Por otra parte, estos movimientos asumen, como modalidad de la acción política, el rechazo al modelo nacional americano de la multiculturalidad fundado en la cohabitación independiente de diversas identidades: «iguales pero separados». Ellos aspiran a ser reconocidos como iguales en la diferencia.

³⁷ Para J. C. Mariátegui, las «masas» -las clases subalternas-, son mayoritariamente indias. El indio es el cimiento de la nacionalidad en formación. Sin el indio no hay «peruanidad» posible. El Perú sería una Nación inconclusa. Para él, el problema de la constitución interna de la Nación peruana es fundamental. Ver, *Siete ensayos sobre la realidad peruana*, México, Ed Quinto Sol.

³⁸ La aplicación en América Latina del modelo ruso del imperio zarista ha producido una lectura etnográfica del marxismo anclada en los PC pro-soviéticos. Así, en los años 1930, el stalinismo peruano proclamaba la teoría de separar al país en dos repúblicas, una quechua y una aymara. En la misma época, el PC argentino, hablando de las minorías oprimidas por la nacionalidad, afirmaba el derecho de los colonos italianos o judíos a la autodeterminación nacional. Un ejemplo de la excesiva importancia de la «raza», en relación a la clase, ha sido el texto del teórico próximo al PC boliviano, J. Obando, *Sobre el problema nacional colonial de Bolivia*, Cochabamba, Canelas, 1961. Esta política era inseparable de la línea oficial de la Internacional Comunista que proponía la fundación de las repúblicas indias independientes.

Si, de manera general, los movimientos identitarios indígenas aceptan las fronteras nacionales heredadas de la formación del Estado post-colonial,³⁹ la reivindicación de un colectivo de identificación «nacional» es importante en los movimientos que han desarrollado o intentado perspectivas políticas nacionales, como el caso de México, Ecuador y Bolivia, países donde la presencia india es central.⁴⁰ Los discursos y las exigencias del zapatismo, del MAS o del *Pachakutik* permiten reunir a actores políticos y sociales diversos. Estos movimientos sociales no ponen en tela de juicio los fundamentos -como unidad política e histórica- constitutivos de la nacionalidad y de la ciudadanía. Para ellos, la democratización de la sociedad y la nacionalización del Estado no puede ser realizada sin la construcción de un colectivo de identificación amplio, implicando a todas las clases subalternas. La convergencia con otros movimientos sociales, opuestos al modelo neo-liberal, es una condición *sine qua non* para asegurar su propia lucha y constituir una nueva relación de fuerza a escala nacional y regional. Estos movimientos parecen haber superado los antagonismos entre sindicatos campesinos y organizaciones indígenas.⁴¹

En estos movimientos las reacciones a la globalización no se traducen simplemente en términos de identidad cultural grupal. En diversos grados, en el MAS, en el *Pachakutik* ecuatoriano o en el EZLN existe una toma de conciencia respecto al hecho de que la causa de vulnerabilidad se sitúa en el campo económico y en el conflicto de clases. En estos movimientos, los lazos familiares, lingüísticos y regionales tienen gran importancia. Si bien podemos encontrar elementos que reenvían a ese tipo de solidaridad, fundada en lazos afectivos y en la tradición constitutiva del lazo comunitario -mecánica según E. Durkheim-, la movilización reposa sobre intereses concretos. Como actores colectivos, autodefinen sus identidades, no simplemente en función de las características étnicas, culturales, religiosas y regionales, sino, fundamentalmente, en relación al sistema productivo. En su lucha por el control y la administración de los recursos económicos y culturales, expresan más conflictos sociales que conductas comunitarias.

Los conflictos en los cuales han participado, desde los años '90, las poblaciones latinoamericanas originarias no pueden ser definidos como conflictos de carácter comunitario. Si en estas movilizaciones hay un fuerte anclaje identitario, «indígena», este no puede ocultar la dimensión campesina o sindical de la lucha. Los «indios», como actores colectivos, se ubican claramente en la órbita de la Nación y su juego es esencialmente político, es decir, ligado al poder y al Estado. Estos movimientos no vehiculizan proyectos restringidos a las comunidades étnicas. Los levantamientos en México, Ecuador y

³⁹ En Guatemala y en la región del Típicaca podemos encontrar proyectos -propuestos por grupos minoritarios de poca influencia sobre las orientaciones generales de la sociedad-, de modificación de las fronteras, resultado del Estado post-colonial.

⁴⁰ Es necesario señalar que en Perú, los movimientos indígenas con gravitación nacional son débiles. Los sectores que desarrollan la resistencia contra el neoliberalismo no se autodefinen como indígenas sino que se identifican como *cholos* o mestizos. Toledo ha debido hacer referencia a la *choleada* para ganar las elecciones. En Bolivia, en mayo de 2004, los Aymaras se levantaron, protestando contra la corrupción. Por su parte, siguiendo la influencia de los bolivianos, los *cocaleros* peruanos se organizaron cada vez más e hicieron presión para abandonar la política anti-drogas de los Estados Unidos siendo apoyados por los hermanos Humala.

⁴¹ En tanto los primeros, de perfil «clasista», daban prioridad, en sus análisis y reivindicaciones, a las relaciones sociales, los segundos, más culturalistas, tendían a privilegiar opciones identitarias de recuperación de las tradiciones, en especial, la restauración de viejos órdenes, aunque fueran injustos a nivel social.

Bolivia ilustran cómo el actor comunitario llega -en diversos grados- a construirse en actor social autónomo, con vocación nacional, respetando su implantación en la comunidad. Las poblaciones originarias se sienten comprometidas con otros actores en conflictos que tienen una dimensión nacional. Sus reivindicaciones tienen para esos otros actores un fuerte aspecto simbólico.

La integración de la dimensión económica y política en una dimensión nacional en la lucha cultural, es la principal particularidad del EZLN, el *Pachakutik* ecuatoriano y el MAS. Ellos combinan, de manera novedosa, la pertenencia étnica con el sentimiento nacional, expresándolo en las acciones sociales y políticas. Estos movimientos desarrollan una territorialidad cívica más que una territorialidad étnica. Sus reivindicaciones portan tanto sobre el reconocimiento de los derechos de los indígenas como sobre la democratización del país, criticando al modelo neoliberal y a la explotación del patrimonio nacional por parte de las empresas extranjeras. Es la falta de esta dimensión lo que hace a la debilidad de los otros movimientos indígenas. Desembocar en un proyecto «nacional» es una verdadera exigencia para la supervivencia de estos movimientos. Esto fue bien comprendido por los neo-zapatistas en México, el más emblemático de los movimientos indígenas aparecidos en América Latina, aunque con un éxito más bien relativo. Ellos sumaron a la dimensión cultural identitaria un proyecto político para el país y una crítica alter-mundialista. Remarcando la relación entre la democratización de México y la lucha contra la globalización, el EZLN ha sido pionero de una nueva internacional: el alter-mundialismo. Reivindicando derechos sociales, alentando a democratizar México y a combatir el neoliberalismo, el Zapatismo ha impuesto el tema del reconocimiento étnico en el seno de los Estados-Nación afectados por la mundialización.

Ahora bien, el EZLN nunca quiso ser considerado exclusivamente como movimiento indígena. Sus demandas buscan una transformación de «toda» la sociedad. La reivindicación de la identidad india, la lucha contra el clientelismo, el anti-latifundismo y el acceso a la propiedad agrícola,⁴² no es escindida de la democratización del sistema político y el rechazo al NAFTA. Así, evitar que el movimiento sea percibido como local o «étnico» ha sido una constante. Desde su origen, el zapatismo ha buscado como interlocutor a la sociedad mexicana e internacional. En la época de repliegue identitario, para el EZLN, la lucha por el reconocimiento de la singularidad de los indios es inseparable de la lucha por la universalidad de todos, del deseo de devenir ciudadano de manera completa, de formar parte de la «Nación mexicana». La defensa de la Nación está ligada a la constitución del ciudadano en su sentido moderno. El slogan «*Nunca más un México sin nosotros*» muestra esa voluntad de inclusión en un colectivo de identificación de tipo nacional. Ha construido espacios de autonomía al margen del Estado nacional pero sin confrontarsele.⁴³ La utilización como estandarte de la figura paradigmática del nacionalismo agrario mexicano (E. Zapata), la consigna «*Vivir por la patria y morir por la libertad*», el comienzo de las operaciones militares el mismo día en que se constituía el NAFTA,⁴⁴ las múltiples imágenes de Marcos abrazando la bandera mexicana (la refe-

⁴² Es necesario considerar el movimiento en el marco de la Reforma del artículo 27 de la Constitución de 1917 relativo a la repartición de tierras.

⁴³ La creación, luego de la marcha «*del color de la Tierra*» de «*Los Caracoles*», en agosto de 2003, es un ejemplo.

⁴⁴ Desencadenada el 1º de enero de 1994, la revuelta zapatista ilustra, con ese gesto simbólico, el vínculo entre la resistencia al neoliberalismo, la soberanía nacional y el destino de los pueblos autóctonos.

rencia a la bandera es constante), o la marcha a la ciudad de México en marzo de 2001 (ya anunciada en la declaración de la Selva Lacandona), son algunos ejemplos que señalan la vigencia de la idea de Nación en los zapatistas.

El zapatismo es un movimiento contestatario que asume su filiación histórica: la tradición insurreccional mexicana (Villa-Zapata), su institucionalización (Constitución de 1917 - L. Cárdenas), las experiencias insurreccionales de los años '70. Esta filiación, dada la historia política mexicana, debía estar en relación con el nacionalismo. Ahora bien, más que con el nacionalismo de Estado tradicional, con un «nacionalismo» gestado en los años '70 bajo la influencia de sectores urbanos, con una importante formación teórica política, fuertemente críticos del «internacionalismo comunista». Tentados por la opción político-militar, su objetivo fue una guerrilla enraizada en «lo nacional» en busca de su propia especificidad.

El análisis de relación entre reivindicaciones comunitarias y nacionalismo, llama a detenernos en el caso ecuatoriano. En ese movimiento, formado y dirigido por indígenas, que llega a participar del aparato estatal en alianza con un actor político tradicional en América Latina, para quienes el nacionalismo sería su razón de ser: los militares.⁴⁵

En Ecuador, después de la derrota de los movimientos campesinos por la tierra en los años '70 y '80,⁴⁶ una parte de la población asumió una «identidad racial»⁴⁷ que se materializaría en un importante desarrollo de organizaciones cooperativas y asociativas. La última década del siglo XX fue testigo de la más grande movilización de indígenas en la historia de Ecuador. Ella fue anunciada por el levantamiento de *Inti Raymi* en 1990. En la base de las reivindicaciones, se encontraba el problema de la tierra y la distribución de la producción agrícola de las comunidades. Las revueltas y protestas permanentes de los indígenas han estado ligadas a la demanda de reforma agraria y al fin del *huasipungo*. Dos años más tarde, la capacidad de movilización fue confirmada por la marcha de los indios de la Amazonia sobre Quito. El movimiento se convirtió en el más importante actor político del país.

La década de los '90 vio nacer la autonomía de las organizaciones indígenas en relación a los sindicatos y a los partidos de izquierda. Estas poblaciones, autoidentificadas como indígenas, han formado un masivo movimiento político-social -atravesado por diversas tendencias que conllevan la amenaza de la desintegración-, el *Ecuadorunari* (*Gente del Ecuador*). El movimiento está nacionalmente organizado en la CONAIE. Con esta última, finalizó, en 1986, un largo proceso. La transición de un movimiento social hacia un actor político culmina con la fundación del movimiento de Unidad Plurinacional *Pachakutik* Nuevo País (Cambio del Mundo). Incorporando grupos sociales diversos, este partido se presenta desde 1995 a las elecciones.⁴⁸

⁴⁵ En Ecuador, la pertenencia nacional ha estado siempre presente entre los aborígenes. Así, en el conflicto con Perú en 1995, los indígenas han apoyado incondicionalmente al gobierno ecuatoriano, integrando unidades de combate especializadas en la lucha en la selva. Esto tuvo un papel importante en la aceptación pública de los movimientos indios.

⁴⁶ Los años '80 han visto la formación de guerrillas urbanas -insólito en relación a la historia de Ecuador-, en las cuales la reivindicación nacional ha tenido un lugar central. Así, la organización *Alfaro Vive, Carajo* ha hecho referencia a la figura mítica del caudillo, reivindicando su patriotismo. Una escisión dará origen al grupo *Montoneras Patria Libre*, reprimido bajo el gobierno de Febres Cordero.

⁴⁷ Desde fines de los años '20, la recuperación del indígena como referencia de la ecuatorianidad ha sido un elemento importante para la construcción de la identidad nacional.

⁴⁸ Aunque el *Pachakutik* logró insertarse en zonas urbanas de clase media, el movimiento continúa siendo un fenómeno específico del interior del país, más débil en la costa.

El movimiento ha participado activamente en un levantamiento popular sin precedentes antes de poner fin al mandato del presidente A. Bucaram en 1997. En 1999, la presión del movimiento social obligó a la convocatoria de una Asamblea Constituyente a fin de definir un nuevo Estado. Influenció la introducción de disposiciones sobre la pluri-nacionalidad del país, garantizando espacios de autogobierno e instituciones tradicionales. Esta pluri-nacionalidad supone la refundación del Estado-nación ecuatoriano así como una nueva forma de identidad nacional. El movimiento afirma su importancia en la jornada del 21 de enero de 2000 -conocida como la «Rebelión de los Ponchos»-,⁴⁹ con la ocupación de las instituciones del Estado y la demanda de la dimisión del presidente J. Mahuad en forma conjunta con los oficiales de las Fuerzas Armadas. Un representante del movimiento indio, A. Vargas (algo sin antecedentes en el mundo andino), ocupó, momentáneamente, con el coronel L. Gutiérrez, la presidencia del país. Si la insurrección fue rápidamente vencida -es necesario señalar la ausencia de violencia-, el movimiento indígena no salió destruido, al contrario, se extendió y se hizo cada vez más «nacional», acercándose a la Coordinadora de los Movimientos Sociales. En 2001, los indios fueron el eje de las protestas contra las medidas económicas del gobierno de G. Noboa.⁵⁰ Finalmente, si el movimiento fue un elemento central para la victoria de L. Gutiérrez, su participación en su caída en 2005, será irrelevante. En estas revueltas, el movimiento indígena decretó la movilización «nacional», haciendo referencia al «Pueblo» y a la «Nación», llamando a la unidad de todos los sectores sociales y populares a nivel nacional. La pertenencia a un colectivo de identificación nacional será permanentemente reivindicada. A modo de ejemplo, cuando se le pregunta a la ex-ministra y dirigente del *Pachakutik*, N. Pacari, si el movimiento indígena debe olvidarse del Parlamento y los ministerios, ella responde: «¡No! Somos parte del país».

El indigenismo de los años '90, elaborado y desarrollado en los años anteriores, ha sido caracterizado por el giro «culturalista» del movimiento. A la lucha por la tierra, eje tradicional de las demandas indias, se ha incorporado un esquema más general, centrado en la defensa de la identidad india. Esto se expresa en la importancia de las demandas culturales como la educación bilingüe, el desarrollo de la comunidad y el respeto a las normas y formas culturales propias. La referencia a la ecología también ha sido incorporada. Como en el zapatismo mexicano, el rol jugado por la destrucción del eco-sistema es primordial. La actividad de las empresas petroleras ha obligado a los Indios de la Amazonia ecuatoriana a defender su territorio y a organizarse a fin de garantizar la supervivencia.

Los avances han sido, probablemente, los más importantes en América Latina: el reconocimiento de las Naciones Indias y el carácter plurinacional del Estado, el bilingüismo, la creación de organismos estatales ligados al desarrollo, a la educación y a

⁴⁹ Los militantes indígenas han sido sostenidos por organizaciones sindicales reagrupadas en el seno del Frente Patriótico.

⁵⁰ La CONAIE rechazaba el fuerte aumento de los precios de los combustibles, del gas para uso doméstico, de los transportes públicos, del agua y del teléfono. Exigía también la no privatización de las empresas del Estado, créditos para proyectos de desarrollo campesino, la reactivación de las instancias con vistas a administrar los conflictos en torno a la tierra, el rechazo al Plan Colombia y el cierre de la base de Manta, ocupada por los Estados Unidos. La CONAIE exigía también el retorno del Sucre como moneda nacional única para realizar las transacciones y rechazaba la dolarización lo mismo que el aumento del IVA.

la cultura indígena, la descentralización que les permitió a los indios más control político y administrativo, expresado en la administración de una justicia india y en el reconocimiento de instituciones económicas comunitarias. Sin embargo, estos avances no fueron acompañadas por un desarrollo económico afín. Paradojalmente, la pobreza, eje de la inestabilidad política, no solo sigue presente sino que aumentó.

Las representaciones políticas de los dirigentes de la CONAIE cargan con una fuerte dimensión «clasista» y «nacionalista».⁵¹ Desde los años '80, los movimientos indígenas se oponen a la liberalización, el ajuste estructural, la apertura de las fronteras y la reforma del Estado, sosteniendo una oposición permanente contra la internacionalización de la economía, la introducción de capitales extranjeros y las privatizaciones de las empresas públicas. El discurso de ruptura del sistema es acompañado por el sostén de un modelo de integración social y nacional que no está muy lejos del modelo de desarrollo propio a las diversas experiencias populistas latinoamericanas centradas en el Estado empresario, la sustitución de importaciones, el proteccionismo y la unidad latinoamericana. La globalización, interpretada como una amenaza, es fuertemente rechazada, siendo percibida como un proceso de exclusión autoritario y violento, ligado a un nuevo patrón de acumulación. La denuncia de la globalización se confunde con la crítica al capitalismo, el neoliberalismo y el imperialismo. Para la CONAIE, los pueblos indígenas, como todos los sectores populares, sufrirían las consecuencias de la mundialización que impone un solo modelo. La globalización buscaría la homogeneización de la diversidad humana bajo la noción del consumo capitalista y la acumulación y no respetaría ni el desarrollo sustentable ni los recursos naturales ni los derechos a los usos y costumbres de los pueblos.⁵²

La integración andina y regional aparece como la respuesta a la globalización. La integración debería resultar de una profundización de un acuerdo entre la Comunidad Andina y el Mercosur. Esta posición es acompañada por la crítica al ALCA⁵³ y a la OEA.⁵⁴ La CONAIE rechaza la negociación establecida por el tratado de libre comercio iniciado en mayo de 2004. El comienzo de las negociaciones comerciales con los Estados Unidos han estado acompañadas por protestas y pedidos de suspensión del Plan Colombia.⁵⁵

En Ecuador, la reafirmación de la Nación -que sobrepasa al movimiento de la CONAIE-, debe ser puesta en relación a tres cuestiones: 1) el neoliberalismo ha profundizado la disputa hegemónica tradicional entre la Sierra y la Costa, expresándose en la

⁵¹ Las políticas de la CONAIE y del *Pachakutik* son percibidas como reformistas por una parte de la izquierda. Ver el artículo de C. Neto, «Ecuador: hacia donde camina la Izquierda?», *Memoria*, N° 186, 2004.

⁵² Ver el *Boletín del Instituto Científico de las Culturas Indígenas Ary-Rimay*, <http://icci.Nativewab.org/boletin>

⁵³ Las posiciones de Nina Pacari, ex Ministro de Relaciones Exteriores de Ecuador, son ilustrativas.

⁵⁴ La CONAIE, no sólo ha participado de la manifestación de protesta contra la XXXIV Asamblea General de la OEA en junio de 2004, sino que ha reunido a los partidos de izquierda, los sindicatos y a los movimientos sociales para expresarse contra el Tratado de Libre Comercio y el Plan Colombia.

⁵⁵ Ecuador es muy sensible a la situación en Colombia. Si bien el país no es un gran productor de drogas, ha sido afectado por el tránsito de las drogas y de los productos químicos, por la cuestión de los refugiados, por la difícil relación entre las Fuerzas Armadas ecuatorianas y colombianas y por la inclusión en el dispositivo estratégico de los Estados Unidos.

oposición entre los sectores financieros de Guayaquil y los sectores industriales de Quito. 2) La dolarización monetaria ha puesto en evidencia la falta de soberanía.⁵⁶ 3) La presencia militar directa de los Estados Unidos, que ha construido en Ecuador la base de Manta, el FOL la más importante de América Latina.

Bolivia es otro ejemplo de cómo los pueblos originarios pueden ser portadores de reivindicaciones de la soberanía nacional y posiciones nacionalistas. En el contexto de un sindicalismo debilitado por las reformas y la crisis, del cual la COB es un buen ejemplo, los movimientos sociales conducidos por líderes campesinos indígenas, salidos de la lucha por la defensa de la tierra, el agua⁵⁷ y la identidad cultural, han adquirido, en el curso de estas dos últimas décadas, una destacada importancia.

El MAS de E. Morales -dirigente de los campesinos cultivadores de coca- y el Movimiento Indígena *Pachakutik* (MIP) de F. Quispe -Confederación Sindical de los Trabajadores Agrícolas-, son fuerzas políticas nacidas de movimientos sociales. Como una gran parte de las organizaciones sociales bolivianas, estos movimientos han abrazado -en diversos grados- las reivindicaciones de la sociedad entera, incluso la de los sectores urbanos y no indígenas.⁵⁸ Si los dos dirigentes desarrollan un vocabulario alejado de las orientaciones políticas y de los partidos tradicionales, los proyectos políticos difieren. Esto es puesto claramente en evidencia en las declaraciones públicas producidas en el marco de los eventos de 2003. El documento del MAS, que exige la dimisión del presidente y una Asamblea Constituyente, invoca al «Pueblo», a la «sociedad civil», a un «proyecto de Nación», a una «democracia inclusiva». El carácter patriótico será permanentemente reafirmado. Morales utiliza la palabra «vende-patria» para referirse a Sánchez de Losada.⁵⁹ Por su parte, el líder de la Confederación Sindical Unica de los Campesinos de Bolivia, habla en nombre de las «comunidades aymaras» y de los «comuneros», y se dirige a los «hermanos y hermanas del gran Kollasuyu», invocando «la voz del pueblo con rostro sombrío».

Los «Aymaras» de Quispe no «hablan» de Estado ni de una nueva Constitución ni de una «refundación». No buscan ocupar el Estado boliviano sino reemplazarlo por una Nación autogobernada. El movimiento, conducido por F. Quispe, que tiene como objetivo la construcción de la «Nación Aymara», habla de reemplazo de las autoridades estatales por una forma de auto-gobierno que dicte sus propias leyes así como de cambiar la constitución del Estado, el sistema económico capitalista por un sistema comuni-

⁵⁶ La dolarización significaba la pérdida del derecho regaliano de emitir moneda. La moneda nacional es el símbolo de la soberanía económica, su abandono significa el reconocimiento de la ausencia de soberanía sobre las instituciones económicas. La opinión pública latinoamericana ha interpretado la dolarización como una verdadera tutela de la soberanía nacional, independientemente del hecho de que los latinoamericanos ahorren en dólares para prevenirse contra la inestabilidad crónica de las economías regionales.

⁵⁷ La lucha contra la privatización del suministro de agua es un tema central. En 2000 un levantamiento popular desprivatizaba el agua en Cochabamba.

⁵⁸ Bolivia tiene, desde la época colonial, una gran tradición insurreccional de indígenas, campesinos y mineros. En 1952, experimentó una revolución radical en nombre del nacionalismo conducida por el MNR. Las nuevas relaciones de poder que emergieron afectaron al sistema de dominación tradicional. El MNR se organizó como partido «revolucionario» y se creó una clientela de masas campesinas armadas. A partir de 1964, una serie de golpes de Estado detienen el proceso. En relación a la guerrilla, si bien ha habido diversos movimientos en los años '60 y '70, entre ellos el del *Che*, no ha prendido en ese país.

⁵⁹ *Clarín*, 15/10/2004.

tario, y la bandera tricolor por la de los siete colores. El movimiento de F. Quispe en Bolivia, con su «nacionalismo Aymara», difiere no sólo del MAS, de su compatriota E. Morales, sino también de los zapatistas, quienes han elegido la construcción de su autonomía bajo el marco de la Nación mexicana, y del movimiento *Pachakutik* ecuatoriano con su opción de pluri-nacionalidad.

La relación con la democracia representativa también difiere. Quispe alterna la vía institucional con una estrategia de tipo insurreccional, teniendo una relación más ambigua con la violencia que Morales. A comienzos de los años '90, desarrolló actividades guerrilleras que le valieron la prisión. Morales, por su parte, impulsa una estrategia claramente institucional, sosteniendo que la participación electoral es el camino a la transformación. En 2002, adquirió una estatura política nacional, perdiendo, por poco, las elecciones presidenciales. El objetivo de Morales ha sido posicionarse en las elecciones municipales de diciembre de 2004,⁶⁰ donde se convirtió en el primer partido de la oposición, para poder aspirar al gobierno en 2007.

Una Bolivia pluri-cultural y multi-étnica es la base del programa de refundación concebido por el MAS en el marco de la Asamblea Constituyente prevista para 2005. En nombre de la soberanía nacional, el MAS liga los colores del *Tahuantinsuyo* con la imagen del Che Guevara. El MAS no propone la destrucción del Estado sino una mayor participación en el sistema democrático y el reconocimiento de las tradiciones. No es sólo un movimiento de *cocaleros* o de «indios». Morales articula estas dos afirmaciones en un nacionalismo antimperialista que combina la reivindicación territorial y la defensa del patrimonio nacional con la contestación a la globalización y a las políticas de los Estados Unidos. A partir de 2002, la defensa del patrimonio nacional, particularmente el gas y el agua, se convierte en el eje de las políticas del MAS, articulándose con el irredentismo tradicional boliviano. Morales, se convirtió en el principal referente de la reivindicación del territorio perdido durante la Guerra del Pacífico. En relación a los Estados Unidos, se opone a una eventual adhesión de Bolivia al ALCA, a la aprobación del tratado que exime al personal de ese país de comparecer ante la Corte Penal Internacional, en relación a crímenes contra la humanidad,⁶¹ y a su política de seguridad para la región, especialmente a la lucha anti-narcóticos.

La dimensión simbólica de la «cultura de la coca» es inseparable de la cuestión identitaria. La coca se erige en reacción a la globalización cultural y a las políticas de los Estados Unidos. Su defensa se ha convertido no sólo en la defensa de la identidad nacional sino también de la soberanía nacional. El MAS exige el respeto de las prácticas tradicionales en la utilización de la coca por parte de gobiernos puestos bajo la presión de políticas americanas de lucha contra el tráfico de drogas. En el 2004, la política de C. Mesa sobre la cuestión de la coca, cedió a la presión de los Estados Unidos, comprometiéndose el acuerdo con el líder *cocalero* que había favorecido, desde el levantamiento de octubre, un frágil equilibrio político y social en el país. La gobernabilidad fue puesta en

⁶⁰ En las elecciones municipales del 5 de diciembre, caracterizadas por una alta participación, el MAS se confirmó como partido nacional, siendo el único que hizo progresos gracias a victorias reportadas en las capitales de provincia y en zonas rurales. Los partidos tradicionales, MNR, MIR, ADN, mostraron un fuerte retroceso.

⁶¹ *Clarín*, 24/12/2004.

cuestión por la resolución gubernamental, favorable a la erradicación del cultivo de coca en el Chapare tropical y las Yungas bolivianas.

Los hechos acontecidos después de 2003, son ilustrativos de la dimensión del «nacionalismo defensivo». La caída del presidente Sánchez de Lozada fue posible por la acción coordinada, de carácter nacional, de diversos movimientos sociales. El 15 de octubre, la revuelta, reclamando la dimisión del presidente, generó una situación de insurrección popular que cubrió todo el país. En la misma convergieron diversas tradiciones de vida y de combate: aymaras, quechuas y guaraníes, urbanos y campesinos, mineros, coccaleros, camioneros, artesanos, pequeños comerciantes, obreros, maestros, y universitarios desocupados. El punto unificador de la lucha fue la tentativa del gobierno de ofrecer la explotación y exportación de un recurso natural a las empresas multinacionales. Las reivindicaciones de dimisión convergían en la demanda de una Asamblea Constituyente y en un gobierno provisorio que pudiera convocarla. Bajo un marco de recesión económica y aumento de las desigualdades, la revuelta expresó un pedido de cambio en los métodos de representación política instalados desde 1985, basados en los acuerdos entre el MNR, el MIR y el ADN, y en la inclusión de la diversidad geográfica y cultural.

Más allá de una demostración de fuerza, donde ésta reside más en el número que en las capacidades operacionales, la declaración de «guerra civil» y de «estado de sitio» constituyeron una puesta en escena, que recuperaba la memoria de las luchas populares, que, por la composición étnica del país, son esencialmente indígenas. La utilización de esas expresiones ilustra sobre la intención -y la capacidad- de interpelación al Estado. El empleo del término «guerra civil» pone en evidencia el marco «nacional» del conflicto. «Guerra civil» expresa el deseo de «la conquista del Estado» y no de una «separación», reenviando el enfrentamiento armado al seno mismo del Estado. En el «estado de sitio» -decretado en la ciudad de El Alto-, los insurgentes producen una inversión del sentido tradicional de la palabra. Expresan la voluntad de reapropiarse de los instrumentos de coerción estatales y del monopolio del uso de la violencia legítima. Ahora bien, independientemente de las diversas y sucesivas manifestaciones, más allá de la «guerra del agua», de la «guerra del gas» y de la resistencia a la baja de los salarios, ha habido una explosión generalizada de violencia.

La dimensión del imaginario nacionalista boliviano más tradicional aparece claramente en la percepción de Chile. La oposición a la exportación de gas natural licuado boliviano por un puerto chileno -prevista para 2006-, ha sido un elemento central en la movilización popular, que terminó con la dimisión del presidente Sánchez de Lozada. El sentimiento anti-chileno, secular entre los bolivianos, se manifiesta en los rumores sobre la utilización de mercenarios chilenos por parte del gobierno de Sánchez de Lozada, responsabilizándolos de asesinatos. La guerra del gas debe inscribirse en el marco de una temporalidad larga. No es sólo inteligible a la luz de la identidad nacional, modelada por la memoria sostenida desde la Guerra del Pacífico y la pérdida de territorio en 1883, sino que debe ser pensada en el marco de la resistencia a la expoliación cíclica de los recursos naturales del país: plata, nitratos o estaño. La fuerza del movimiento boliviano se ha manifestado en la claridad con la que los sectores marginales expresan la necesidad de recuperar lo que consideran una riqueza natural saqueada.

Más que una oposición a las exportaciones de recursos naturales, es un rechazo al drenaje de las riquezas naturales en condiciones desventajosas para el Estado boliviano

y sus ciudadanos, una reacción a una forma de «entreguismo». Rever la ley de hidrocarburos y abolir el decreto 24806, que transfería la propiedad de gas a las compañías transnacionales, ha sido la principal reivindicación. En la base está el derecho a la autodeterminación nacional. «*El gas es nuestro derecho*», expresaban las pancartas durante las manifestaciones. Un gas al que apuestan no sólo las grandes multinacionales, sino también Argentina, Chile, Brasil y México. El movimiento social se enfrenta a actores transnacionales, oponiéndoles una forma de nacionalismo, donde la renacionalización de los hidrocarburos aparece como un paso hacia la reapropiación social de la riqueza y de la soberanía nacional. Expresa la voluntad de modificar la relación entre el Estado boliviano y esos actores.⁶²

Si el movimiento social se partió con la llegada al poder de C. Mesa, dividiéndose nuevamente frente al referéndum del 18/7/2004, que debía resolver el problema del gas, la agitación social continuó: toma de tierras en la región oriental y sud-oriental, constitución de asambleas para el debate sobre el destino de los hidrocarburos, ocupación de las minas privatizadas. Estas últimas fueron tomadas por los mineros cooperativistas, antiguos asalariados, licenciados durante la reestructuración productiva, que acompañó a la privatización. El lema de la marcha del 18 de octubre de 2004, en el marco del aniversario de la caída de Sanchez de Losada, es significativa de esta relación establecida entre movilización popular, reapropiación social de los recursos y soberanía nacional: «*por la nacionalización, la justicia, la dignidad y la soberanía nacional*».

Los hechos ocurridos a partir de abril de 2000 renovaron las tensiones entre integración y división. La fisonomía centralista del Estado fue puesta en discusión por los partidarios de las autonomías regionales. La existencia misma de una «Nación boliviana», organizada en un Estado unitario, fue puesta en duda por aquellos que consideraban que nunca había existido o que se haría en detrimento de la pluralidad de las naciones y etnias existentes en el territorio.

En la región norte de La Paz, así como en ciertos valles vecinos y alrededor del lago Titicaca, existe una fuerte identidad aymara y quechua. Esta es acompañada por un sentimiento de «autonomía» y por una aspiración al autogobierno indígena. Sin embargo, el peligro de la balcanización no viene de los movimientos indígenas sino de los empresarios. Las asociaciones de empresarios de Santa Cruz y Tarija intentan, a partir de la autonomía, una ofensiva política para poder abrir el mercado a las exportaciones. El cambio en la legislación nacional, que regula la industria de gas natural, amenaza los intereses de los grupos económicos. Será en la región de las tierras bajas, rica en hidrocarburos y nuevo motor de la economía nacional, donde surgirá, a principios de 2005, el intento de neutralizar los movimientos sociales de las tierras altas, que rechazan el neoliberalismo y están a favor de un desarrollo dirigido por el Estado.

Tradicionalmente, las elites de Santa Cruz o Tarija rechazan no sólo las políticas de La Paz sino también todo lo que representa el mundo andino. La división no es geográfica, es social e ideológica. Ella expresa opciones frente a las políticas de explotación de los recursos naturales y a los conflictos por los espacios políticos y/o territoriales. Los dirigentes de las organizaciones campesinas e indígenas de Santa Cruz y Tarija se opo-

⁶²La demanda, desde octubre de 2003, es la sanción de una nueva Ley de Hidrocarburos.

nen a la política de autonomía, considerando que responde a los intereses de las «oligarquías» y las empresas extranjeras.⁶³

Exclusión y Nación en la obstrucción del espacio público

Del trueque a las asambleas populares, pasando por las contestaciones públicas -vía las cacerolas-, el ciclo neoliberal se caracterizó en Argentina por el desarrollo progresivo de nuevas experiencias sociales. Las formas, la estética, así como uno de los principales actores de la protesta -el movimiento piquetero-, fueron forjados en la resistencia a los programas de ajuste de los años '90.

El crecimiento económico de la primera mitad de los años '90, aumentó las desigualdades sociales y regionales. La multiplicación de las revueltas sociales reinstaló la violencia como práctica social, con su carga de represión, arrestos, heridos y muertos. La «racionalización» de la administración pública y la privatización de las empresas públicas, con su reducción de personal y el cierre de establecimientos (Cutral-Có, Tartagal, Río Turbio, etc.), han estado acompañadas de resistencias violentas.⁶⁴

Los conflictos se focalizan en el sector público y en las provincias más afectadas por el ajuste económico y la desocupación (Neuquén, Tucumán, Corrientes, Córdoba, Jujuy y Río Negro). Desde 1996, y en particular en el noroeste, se desarrolló una fuerte movilización social. Esta se ha manifestado a través de cortes de ruta, huelgas, ollas populares, movilizaciones y enfrentamientos con la gendarmería y la policía, apareciendo como un estado insurreccional de baja intensidad. Desde fines de los años '90, existe un ánimo colectivo caracterizado por un sentimiento de insurrección popular contenido. Estas protestas, mezclan grupos de intereses que no tienen la fuerza necesaria para modificar las relaciones de poder ni un programa de acción política determinada.

De estas protestas, la de los piqueteros -desocupados y militantes que cortan las rutas-, es la más significativa. Los cortes de ruta ilustran un modo de acción ligado a una cierta forma de violencia destinada a ejercer presión sobre las autoridades, vía la perturbación del orden público, expresando nuevas formas de participación popular. La protesta es la expresión de los sectores expulsados del mundo del trabajo, quienes, en grados diversos -desde la obstrucción del espacio público al escrache pasando por las ocupaciones-, apelan a recursos «violentos». Estas acciones tenían un apoyo relativo de parte de la población, en particular, cuando eran reprimidas por las fuerzas de seguridad.

Nacidos bajo el menemismo, la expansión y el fuerte desarrollo del amplio y heterogéneo movimiento piquetero se produce durante la administración de F. de la Rúa. Diversos grupos retomaron la práctica de los cortes de rutas, coexistiendo dos estrategias: en el primer caso, los cortes cesan después de la negociación de asistencia social y de los «Planes Trabajar»; en el segundo, los cortes se producen luego de haber elevado un pedido formal y no haber obtenido respuesta.⁶⁵ A partir de 2000, la práctica de los

⁶³ *Clarín*, 28/01/2005.

⁶⁴ Entre ellas, Santiago del Estero, Jujuy, Córdoba, Tartagal, Rosario, Cutral-Có, Plaza Huincul, Cruz del Eje, Corrientes y Tierra del Fuego.

⁶⁵ El surgimiento del movimiento piquetero fue percibido por el Partido Justicialista, que se relaciona con su base electoral -los sectores más bajos de la ciudadanía-, por medio de prácticas de clientelismo, como una amenaza a sus intereses políticos.

piqueteros se institucionaliza, reforzando su organización. La demanda de asistencia social ha dejado lugar a la búsqueda de inserción en la actividad económica, gracias a emprendimientos propios -con o sin ayuda oficial-, y a actos más «políticos», como la participación en escraches a represores y políticos. La generalización de este recurso, a partir de fines de los '90, ilustra sobre la propensión a la acción directa, sobre el establecimiento de juicios, ignorando las instituciones de una justicia percibida como responsable de la impunidad reinante.

A partir de los hechos de diciembre de 2001, los diversos movimientos piqueteros son mayoritariamente identificados con partidos políticos, lo que disminuye su aparente marginalidad. Desarrollan un doble juego, por un lado, negociando con el gobierno la asistencia social (esto ha dividido al movimiento), y por el otro, con los partidos de izquierda, para obtener apoyo durante las movilizaciones. El movimiento piquetero, si bien nacido en el interior, a partir de 2002 se ha transformado en un fenómeno circunscripto, principalmente, a Buenos Aires, con una fuerte presencia nacional dada por los medios. Sus reivindicaciones van desde la demanda de un nuevo gobierno y la convocatoria a una asamblea popular constituyente hasta el rechazo de las elecciones. Si en el marco de la crisis del 2001, se convirtieron en un movimiento social, dotado de un importante poder de presión y de una legitimidad considerable, posteriormente, serán objeto de un fuerte rechazo -en particular en los sectores medios-, del cual los medios de comunicación son en gran parte responsables. Esta modificación ilustra los cambios sustantivos de las tendencias, que sobre la percepción del conflicto, tiene la sociedad argentina.

La representación de los piqueteros deja ver el apego a la «demonización» de la protesta social y a la idea de un «Otro» social como «malhechor». Iniciada por el menemismo y seguida por De la Rúa, la criminalización de la protesta social pone el acento en los desórdenes y los daños causados al orden público. Despojadas de su contenido político, las movilizaciones sociales son presentadas, por los «apologistas del orden social», como actos de carácter delictivo. Los piqueteros son permanentemente acusados de estar armados y de «entrenarse» en «campos» del gran Buenos Aires. En la forma más extrema de esta representación, detrás de los piqueteros, actúan los cartels de la droga u organizaciones guerrilleras, primero Sendero Luminoso y luego las FARC.⁶⁶ Adaptación a las nuevas amenazas del contexto de la post-guerra fría, los piqueteros son percibidos como las nuevas formas de la «subversión internacional», a mitad de camino entre lo criminal y lo político.⁶⁷ Bastones, lanza-piedras y pasa-montañas, son evocados para reavivar el «fantasma de la subversión».

Como en otras sociedades donde la criminalidad de la protesta social se ha instalado, en Argentina, asistimos a la formación de un sistema de imágenes y metáforas, en la cual toma cuerpo y figura una nueva representación de la alteridad negativa. En la representación de los piqueteros, se pueden ver los vestigios de una concepción de la alteridad relevante del siglo XIX y, a través de una regresión infinita, huellas aún más arcaicas. Como un eterno retorno, los piqueteros son percibidos bajo el prisma de las poblaciones originarias.

⁶⁶ Así, C. Menem, evocando la protesta social, acusó en diversas oportunidades -en especial durante su viaje a los Estados Unidos-, a los piqueteros de «delicuentes» y «marxistas», calificando las manifestaciones de «carnaval».

⁶⁷ Bajo el gobierno de F. De la Rúa y con los incidentes de Tartagal (Salta), se reinstalaron las referencias al complot extranjero de carácter subversivo.

Los términos utilizados por los responsables de la Gendarmería, en el marco de las acciones de la represión, son una prueba: en las arengas, los nombran como los «indios».

La radicalización de un sector reducido -el rechazo al proceso electoral se encarna en un sector minoritario de los piqueteros y la tentación al recurso de la violencia es marginal-, es utilizada políticamente por sectores que temen que la protesta social desborde la seguridad pública. Las acusaciones de debilidad contra la política de seguridad de la administración Duhalde condujo, a una parte del gobierno, a llevar una política más dura *vis-à-vis* de la protesta social. En junio de 2002, la represión, por parte de las Fuerzas de Seguridad, desembocó en el asesinato de dos jóvenes militantes piqueteros en Avellaneda. Las muertes de Puente Pueyrredón, establecieron un punto de inflexión, a partir del cual se comenzó a reconocer a los piqueteros como un actor político importante en una Argentina en crisis. Este reconocimiento está estrechamente ligado a los intentos de atenuar la protesta social.

La llegada al poder de N. Kirchner dividió al movimiento.⁶⁸ De un lado, las organizaciones sociales próximas a su gestión: *Movimiento Barrios de Pie*, *Federación de Tierra y Vivienda*, *MTD Evita*, *Red Social Patriótica*. Todas comparten el espacio político del *Frente Patria para Todos*. Si bien se diferencian claramente del PJ, optaron por convertirse en el brazo «social» de la transversalidad, sostenida por una parte del gobierno, recuperando, plenamente, la estética y el discurso populista. Del otro lado, los opositores: *Corriente Clasista y Combativa* (CCC, PCR), *Polo Obrero* (PO trotskista), *Teresa Vive* (MST), *Coordinadora de Unidad Barrial* (PRL marxista-leninista separación del PL), el MIJD y el *MTD Anibal Verón*, la *Coordinadora de trabajadores desocupados Anibal Verón* (Quebracho) (formado por ex peronistas y diversos sectores de izquierda), la *Federación de Trabajadores Combativos* (MAS, FOS) y el *Movimiento Territorial de Liberación* (PC). Este sector ha buscado mantener la presencia en la calle y la movilización como una forma de escapar a la cooptación. Para ellos, el nacionalismo y el anti-imperialismo de Kirchner encuentra, como el peronismo tradicional, su límite en el anti-imperialismo de la clase que lo hegemoniza -la «burguesía nacional»-, la cual no se propondría como objetivo romper la relación con el imperialismo. Para este sector, el kirchnerismo se limitaría a renegociar los márgenes de una integración dependiente en el sistema capitalista mundial. Más allá de las diferencias, el movimiento piquetero está de acuerdo en combatir la criminalización de la protesta y los ataques judiciales. Ciertas organizaciones, ubicadas en campos opuestos, continúan desarrollando acciones conjuntas.

En este nuevo contexto, el movimiento piquetero afronta diversos problemas: la autonomía frente al Estado, el carácter restrictivo de su representación, la debilidad de su capacidad de movilización, los límites de su habilidad para armar alianzas, el dilema frente a los ensayos de cooptación y la carencia de un proyecto alternativo viable. Como movimiento, han fracasado en su voluntad de devenir hegemónicos, mostrando fuertes

⁶⁸ En el recuerdo de los días de diciembre de 2001, dos concentraciones y dos discursos muy diferentes marcaron el contraste. Para los sectores próximos a Kirchner, éste es percibido como representante genuino de los intereses defendidos por la movilización popular en diciembre de 2001. Su slogan: «*Con Kirchner, por una patria para todos*», es muy representativo. Recuperan el sentido popular de los días de diciembre de 2003, señalando que se corporiza en las iniciativas de Kirchner. De su parte, los piqueteros de la oposición demandaban una «*Navidad sin detenidos políticos ni procesados. No al pacto Kirchner-FMI*». Página 12, 21/12/2004.

dificultades en su capacidad para extender su conducción moral y cultural al conjunto de la sociedad, así como para articular sus propios intereses con otros sectores sociales.

La política de Kirchner, se basa, principalmente, en la fragmentación y deslegitimación de los piqueteros, buscando desmovilizar, sin reprimir y sin estigmatizar, a los «contestatorios del orden social». En su política de desmovilización, el descrédito de las organizaciones de oposición, que se resisten a dejar el espacio público, ha estado acompañada por la integración y la cooptación de algunas organizaciones piqueteras, que reivindican la tradición nacional-popular como la FTV y *Barrios de Pie*. La selección, por parte del gobierno, de los interlocutores para establecer el diálogo, es un claro elemento de esta política. A partir de mediados de 2004, con el nombramiento de A. Fernández como ministro, se inaugura una nueva instancia en la que el binomio criminalización de la protesta social-represión, parece pasar progresivamente de la potencia al acto.

Los piqueteros expresan el cambio de la estructura social argentina: la protesta se desplaza de los trabajadores sindicalizados a los desocupados. Su origen y evolución están ligados a la desocupación estructural y a las políticas sociales. El pasaje de status de desocupado a piquetero implicó un proceso de construcción de identidad social, que reconstruye, parcialmente, los lazos sociales disueltos, como consecuencia del abandono del mundo del trabajo. La emergencia de movimientos, con fuertes referencias ideológicas de tipo clasista, desarrollando un claro discurso patriótico, expresa una nueva relación entre Nación y Clase. Este nuevo «clasismo» no es contradictorio con el nacionalismo. El mismo corresponde a una protesta social de tipo radical, por la inclusión, frente a la fragmentación, tanto social como espacial. El anticapitalismo de estos movimientos, no puede ser separado de un fuerte nacionalismo, que interpreta los límites sociales de un capitalismo cada vez más transnacionalizado.

El ciclo de las movilizaciones sociales abierto en los años '90, señala, con una estética pintada en celeste y blanco, el rechazo de la desnacionalización. Los diversos movimientos han comprendido la necesidad de recomponer una identidad nacional fragmentada y vacía de toda experiencia colectiva. Guevaristas, populistas revolucionarios o anarco-socialistas coinciden en la formulación de este nacionalismo defensivo. La bandera nacional y la camiseta de la selección de fútbol han acompañado, como principal referencia simbólica, todos los conflictos sociales desde los años '90, expresando el deseo de regresar a la Nación como escala de resistencia ante la pérdida total de identidad, que acompaña el proceso de fragmentación social y espacial, resultante de la aplicación de los programas neoliberales. Los rasgos culturales nacionalistas se afirman en los escritos, los graffiti, los slogans -el más evidente, por su dimensión histórica, es «*Patria Si Colonia No*»-, las canciones, constituyendo la manifestación de una cultura política profundamente influenciada por el nacionalismo. Si solo una parte de los grupos piqueteros reivindica el pensamiento nacional-popular, todos sostienen un colectivo de identificación de tipo nacional como principal referencia identitaria.

Si la recusación de los programas económicos neoliberales es hecha en nombre de la defensa de los logros adquiridos durante el período populista, ella no puede, sin embargo, efectuarse en nombre de la ideología peronista, dado que es el mismo Justicialismo el que desarrolla los programas de ajuste. El rechazo es formulado en nombre de la Argentina misma. Este hecho terminará de producir una ruptura definitiva en esa búsqueda permanente de la asimilación entre Peronismo y nacionalidad que había caracterizado todo el ciclo populista.

La relación de la protesta con el territorio es central para comprender el compromiso con la Nación en tanto principal referencia de pertenencia. Una parte importante de los movimientos de protesta de los años '90 se iniciaron en regiones como la patagonia o el noroeste, como repuesta a la racionalización de la administración pública y las privatizaciones de las empresas del Estado. En el imaginario colectivo, las empresas públicas tienen un valor muy importante en las regiones fronterizas, son el símbolo de la presencia soberana. La percepción difiere de la de las grandes ciudades, en particular, en una sociedad como la Argentina, donde existe un fuerte sentimiento de abandono del interior en beneficio de la pampa húmeda. La defensa del servicio público tiene un costado corporativo, aunque también una fuerte representación nacional. Las empresas públicas son las huellas del Estado-nación en el espacio. Desnacionalizando, se borra al Estado de un simbolismo cotidiano.

El menemismo buscó dividir todo lo que podía hacer recordar a una unidad política soberana, borrando toda trazo de populismo. Privatizar significa eliminar las marcas de la Nación en el mercado y la sociedad, la eliminación de toda referencia a un interés colectivo. En Argentina, desnacionalizar significa desperonizar, ya que en el imaginario colectivo, las empresas públicas estaban estrechamente vinculadas al peronismo. Las privatizaciones han sido un elemento central en el intento de «refundación civilizacional» buscado por el menemismo. Este último ha impulsado transformaciones en la relación del Estado y las instituciones con la sociedad, donde el objetivo era reforzar el individualismo en el paradigma del capitalismo anglosajón, en detrimento de los lazos de solidaridad y protección estatal, propios de la cultura política populista.⁶⁹

Nacionalismo, bolivarismo y resistencia transnacional

Tanto por su significación como por su representatividad, estos movimientos tienen un valor universal. La lucha de los indígenas y los piqueteros, así como la experiencia chavista son una referencia, no sólo para otros movimientos sociales latinoamericanos, sino también para organizaciones políticas y sociales diversas y heterogéneas. Sin embargo, estos movimientos, a diferencia de la izquierda tradicional, no son portadores de una ideología única, de vocación universal. Cada movimiento se construye según una cultura política propia, más o menos influenciada por el nacionalismo. Si la estructuración de movimientos como los Círculos Bolivarianos (Venezuela), el Movimiento *Pachakutik* (Ecuador), el MAS (Bolivia), el MST (Brasil) y los diversos movimientos piqueteros (Argentina) es radicalmente diferente, los centros de gravedad son próximos. La convocatoria al Congreso Bolivariano de los Pueblos en Caracas en noviembre de 2003, es ilustrativa de este espacio.⁷⁰ La interpretación de la realidad nacional y mundial coincide. Las exigencias «nacionales» se condensan en el federalismo, la sociedad con tendencia igualitaria, la autodeterminación, la soberanía y el Estado democrático.

⁶⁹ La memoria histórica popular conserva en los populismos su «Edad de Oro». El efecto psicológico ha sido por esta razón prolongado. El fenómeno debe ser analizado en un contexto histórico completo: la experiencia de las políticas neoliberales y las democracias representativas no tienen nada de atractivo o motivante para las clases populares. Si la tentación populista tradicional está siempre presente, Rodríguez Sáa, presidente y candidato, es un ejemplo de ella, esto se debe a los rasgos durables dejados por el populismo en la memoria colectiva y en la cultura política de la región.

⁷⁰ www.congresobolivariano.fr.st

Tanto el carácter como las reivindicaciones de tipo «nacional» son compatibles con el desarrollo de espacios transnacionales de resistencia. Estos movimientos han promovido la construcción de redes de comunicación y de interacción transnacionales, estando en relación con las nuevas formas de canalización de la protesta político-social, como el alter-mundialismo, del cual la expresión más significativa es el Foro Social Mundial de Porto Alegre. A fines del siglo XX, tienden a converger con las organizaciones alter-mundialistas. Aunque estén fuertemente anclados en una tradición local, sus posicionamientos, su concepción del mundo y su sistema de referencias, los acercan a un movimiento a escala global que se internacionalizó, sin olvidar las cuestiones nacionales o regionales.

Los movimientos de contestación latinoamericanos inscriben su apego a la identidad nacional en un «mesianismo revolucionario» de carácter global, adaptado a las condiciones de la época, que se caracteriza por la ausencia de una perspectiva revolucionaria a escala mundial. Para ellos, en la lucha contra la globalización neoliberal, los sectores subalternos de cada sociedad están en estrecha alianza con las clases populares de otras Naciones. De ello resulta una coincidencia y una complementariedad, y no una oposición, entre el internacionalismo y los objetivos y los contenidos de la lucha específica nacional. Sobre la afinidad cultural e ideológica y el reconocimiento de los intereses comunes, estos movimientos generan solidaridades y acciones colectivas conjuntas. La oposición al ALCA, a la OMC y al FMI, la lucha contra la globalización neoliberal y la desconfianza de las políticas americanas, los llevan a coincidir. Organizaciones de desocupados, de campesinos sin tierras y de poblaciones originarias se mezclan con sindicatos, partidos políticos e intelectuales en un campo poco institucionalizado y heteroclitico de lucha donde se manifiestan demandas diversas, aunque siempre subordinadas a las consecuencias de la mundialización y el neoliberalismo. En ese espacio, intercambian tanto sus identidades y sus representaciones del mundo como el sentido de sus acciones o sus prácticas políticas. Si este espacio permite la emergencia de nuevas condiciones para definir el internacionalismo, a partir del hecho nacional y no desde su negación o disolución, el mismo no ha estado acompañado por un intento de dar fundamentos teóricos a la posibilidad de una Nación que no esté ligada a la tradicional hegemonía de la burguesía.

Todas las organizaciones que conforman este espacio buscan superar la heterogeneidad y la diacronía de los procesos de diversos países. La comprensión de los hechos sociales se hace, en última instancia, en referencia al universo latinoamericano: un sustrato cultural único y común, un *ethos* cultural básico y una historia compartida. Son los herederos del nacionalismo latinoamericano y de su llamado tradicional a la «Patria Grande». Estos movimientos son la manifestación que toma en el siglo XXI el ideal bolivariano, generalizado por los populismos, consolidado en los años '60 y '70 por la revolución cubana y el Che Guevara, y luego ratificado en los '80 por la revolución en América Central. De Chávez a Morales, pasando por Marcos, la reconstrucción del sentido de «comunidad» tras el neo-liberalismo en las diversas Naciones pasa por la unidad continental, por asumir la tensión entre la soberanía estatal tradicional y una soberanía regional en formación. Estos movimientos son conscientes de que la búsqueda de un futuro compartido en la sociedad no puede sostenerse sólo a través de una reivindicación estrictamente local de tipo nacional. Haciendo evidente -en particular para los países del Cono Sur-, que cada Nación es un muestrario de la diversidad y de la diferencia, cuestionan tanto la creencia de una integración, que dejaría intactas las culturas nacionales, como la ilusión de una

simple fusión de naciones. Sugieren que la diversidad no se encuentra distribuida en territorios nacionales y que la heterogeneidad se presenta en cada espacio nacional conduciendo a repensar la relación entre ciudadanía, nacionalidad y nacionalismo.

Cuestión nacional y pan-latinoamericanismo son inseparables de la representación de los Estados Unidos. Históricamente, su presencia ha sido un elemento central para explicar la fuerte dimensión nacionalista de la izquierda latinoamericana. En América latina, el anti-imperialismo va a construir un puente permanente entre el nacionalismo y el socialismo.

Los movimientos constestarios aparecen claramente unificados en las representaciones políticas y estratégicas de los Estados Unidos. En un contexto, donde los signos de desintegración de los países del mundo andino permite a los americanos calificar a esos Estados de «Naciones fracasadas», o «*failed state*», los movimientos de oposición al neoliberalismo y al ALCA, como el MST, los Círculos Bolivarianos, el Movimiento *Pachakutik* o el MAS, son percibidos como «populismos radicales», según la definición del jefe del Comando Sur. Considerados como parte de las «nuevas amenazas» de la postguerra fría, encarnan el resurgimiento de una izquierda «arcaica», sin paralelo con esa izquierda moderada y liberal que representaría el Partido Socialista chileno de R. Lagos.⁷¹

El tráfico de drogas tiene un rol mayor en la descalificación. A las permanentes acusaciones de un acuerdo entre Chávez y las FARC, se suman las hipotéticas relaciones con los *narcos*.⁷² Tempranamente, en 1999, el general B. McCaffrey, hacía referencia a los eventuales lazos de Chávez con los narcotraficantes.⁷³ Desde 2001, circulan «rumores» sobre la formación de grupos irregulares financiados por Kadhafi, Chávez y *narcos* en la región de Cochabamba (Bolivia). Posteriormente, los rumores hacen referencia a la conversión de la región «Chapare-Yungas», en una zona de producción de cocaína, bajo la protección de las «guerrillas» y en colaboración con los alcaldes del MAS de E. Morales. Estos rumores, que se acentuaron durante la crisis boliviana de 2003, invocan campos de entrenamiento, planificación y asesinato de los agentes de la DEA y un armamento en provecho de los *cocaleros* y de los grupos destinados a tomar por asalto propiedades privadas. La beligerancia de las *Federaciones Cocaleras* y el endurecimiento del conflicto social, formarían parte de ese proyecto.⁷⁴ Morales ha sido objeto de permanentes comentarios críticos por parte del embajador de los Estados Unidos. Por su parte, en Perú, el presidente Toledo denunció que los «etnocaceristas» financian sus actividades con dinero del narcotráfico y la protección de contrabandistas de madera.

La dimensión simbólica de la nación en el desorden global

En América Latina, la fuerza desagregadora del neoliberalismo induce a una fragmentación de los principales actores sociales y de las identidades colectivas que han

⁷¹ El periodista A. Oppenheimer, del *Miami Herald*, favorable al gobierno republicano de G. Bush, y que dirige un programa de TV popular en América Latina, señala continuamente las «diferencias» entre la izquierda de Lagos y la de E. Morales, de H. Chávez y de F. Castro.

⁷² En 2003, el presidente ecuatoriano Gutiérrez será igualmente acusado de haber tenido contacto con los *narcos*. *El Tiempo*, 22/11/2003.

⁷³ Esta información fue desmentida por la embajada americana en Buenos Aires. *La Nación*, 28/8/1999.

⁷⁴ *El Diario*, 22/4/2003.

modelado el Estado-nación, al mismo tiempo que llama a nuevas formas de solidaridad nacional. Como en otras regiones, la tendencia se acompaña de un crecimiento de expresiones identitarias diversas. Se trata de una característica universal: la resistencia contra un fenómeno percibido como agresión se traduce en un refuerzo de la identidad construida en base a la solidaridad de grupo. Las motivaciones que animan al grupo se refieren al carácter esencial de su cohesión y, en consecuencia, al conjunto de sus valores y su historia. El llamado a la reconstrucción del Estado, luego del ciclo neoliberal, ha estado acompañado por la reivindicación de la Nación como colectivo de identificación y como espacio de resistencia a la globalización. La importancia de la Nación resulta del hecho de que la articulación interna de estos movimientos no se sitúa, exclusivamente, en el nivel económico, «infraestructural», es decir en el nivel de los intereses materiales «objetivos» de un grupo o de una clase, ni tampoco en el nivel subjetivo, ideológico y cultural.

La post-guerra fría muestra una reapropiación del imaginario patriótico como forma de lucha contra las políticas neoconservadoras asimiladas a la globalización. Esta reivindicación es inseparable del hecho de considerar que la amenaza más fuerte que pesa sobre las sociedades, es aquella de su propia descomposición, bajo la presión de elementos de desagregación combinados, provenientes de la debilidad del poder estatal, resultado del neoliberalismo hegemónico durante los '90. En un marco de fragmentación social y territorial, caracterizado por una erosión de conceptos que están en la base de la reivindicación nacional, América Latina deja ver tentativas de contestación al orden global, centradas en una concepción de la Nación diferente del repliegue identitario hegemónico de la post-guerra fría. Los últimos años del siglo XX han sido testigos de la emergencia de organizaciones político-sociales que buscan asociar, en una misma concepción, las reivindicaciones de lo universal y lo particular. Los movimientos latinoamericanos plantean una cuestión olvidada en el debate político de la post-guerra fría: la ambivalencia de la autonomía y el multiculturalismo, el hecho de que puedan corresponder tanto a una lógica democrática de emancipación y resistencia, como a una lógica de dominación.

La representación del sistema internacional, bajo el liderazgo americano, impulsa un doble proceso: segregación, en el seno de los Estados-Nación, por secesión política y reunificación de conjuntos regionales por la economía. La macro-estrategia americana tiene dos ejes complementarios: la debilidad de las instancias nacionales y la reconstrucción por el mercado de un conjunto más vasto. Los Estados Unidos promueven una escala de organización balcanizada, donde los actores políticos disponen de poca autonomía en tanto se instauran macro-fronteras financieras, como la zona del dólar o las zonas de libre comercio -una forma más elaborada-, como el ALCA. En este marco, el etnicismo aparecido durante la post-guerra fría es funcional a la doctrina globalista americana, que intenta deconstruir las soberanías nacionales constitutivas de los Estados republicanos, sosteniendo una representación transnacional del espacio, apropiada por los intereses del poder hegemónico.

Los conflictos interétnicos, como se puede observar en la post-guerra fría, son raros o inexistentes en América Latina. Ahora bien, si en la región, la reivindicación de los pueblos autóctonos no finalizó ni en la sucesión de recortes que desembocarán en la segregación étnica que caracteriza a otras regiones, ni en la voluntad de formar Estados-Nación separados, el sostén de las reivindicaciones identitarias -principalmente por la acción de ciertas ONG-, buscando deconstruir los territorios políticos estatales existentes, está en potencia, como lo ilustra el caso de los Yanomanis en Brasil.

La post-guerra fría se ha caracterizado por la constitución de segmentos etno-lingüísticos religiosos de escala inferior al Estado-Nación, buscando afirmarse, en caso de crisis del Estado, como escala de poder violento y legítimo, es decir, como Estados potenciales. Así, en junio de 2004, los asesinatos de alcaldes, ocurridos a ambos lados del Titicaca, por las poblaciones aymaras, muestran la preeminencia de las redes de solidaridad transnacionales, con enraizamiento local y étnico, disponiendo de sistemas de regulación violentos no estatales. Sin embargo, si la interpretación «antropológica» o «culturalista», centrada en las costumbres locales, puede ser interesante, el incidente muestra más que nada la fragilidad institucional y el déficit democrático. Los hechos evidencian la ausencia del Estado, un gobierno sin autoridad, la falta de legitimidad de los funcionarios, el rechazo de la clase política, la persistencia de la corrupción, el desprecio del sistema político y la ausencia de la confianza en la justicia. Toda una serie de elementos presentes en la casi totalidad de los países latinoamericanos.

La existencia de movimientos políticamente susceptibles de conducir transformaciones sociales, permite evitar peligrosas etnicizaciones identitarias en los países andinos. Partidos como el MAS boliviano o el *Pachakutik* ecuatoriano parecen conscientes de que estas transformaciones implican un colectivo de identificación amplio, de tipo «nacional». Los hechos recientes ocurridos en Ecuador o en Bolivia han mostrado que las poblaciones indígenas se encuentran dispuestas a asumir un rol activo en el Estado y en la sociedad «nacional», comprometiéndose con reivindicaciones que reúnen a una parte considerable de la población, tales como la lucha contra las desigualdades, la protección de las adquisiciones sociales, la oposición a la Zona de Libre Comercio de las Américas y las privatizaciones.

Estas experiencias han revelado también que estos movimientos buscan un desarrollo social orientado a una democratización profunda de las sociedades, sostenido por políticas de alianzas con sectores no indígenas de la sociedad. El llamado a un proyecto «nacional» y no «étnico» ha tenido un rol importante en la manera en la que esas organizaciones han logrado forjar y preservar su identidad, asentar su poder e, incluso, modelar a la sociedad global. Los indígenas aparecen como los actores principales de un proceso de afirmación cultural, social y política de dimensión nacional y regional. Sus luchas son recuperadas por otros sectores sociales en nombre de la Nación. Los pueblos indígenas llegaron a hacer reconocer su demanda como legítima por los otros grupos sociales -del país y la región-, vulnerabilizados por el neoliberalismo. De las respuestas que las diversas organizaciones indígenas aporten a las cuestiones del multiculturalismo al seno de los Estados-nación en crisis, del tipo de autonomía a construir, de la relación de lo político y la conquista del poder, dependerán la articulaciones con otras luchas y formas de resistencia. Esta articulación no es automática, como lo demuestra el caso mexicano, donde la alianza política del EZLN con la izquierda no ha tenido lugar a pesar de las múltiples tentativas. Lo que está en juego son los modos de integración social y de unidad nacional en el marco de la mundialización.

Conscientes de que la emancipación como grupo es inseparable de la emancipación del Estado, por su formación misma contra un orden arcaico, salido de la conquista, estos movimientos tienden a darse un Estado moderno. El «pueblo» aspira a ser «ciudadano». La «nacionalización» del Estado implica terminar con la línea que atraviesa la historia del mundo indioamericano, con esa «frontera étnica» entre los indígenas y los

grupos blanco/mestizos dominantes. En la mayor parte de las organizaciones indígenas latinoamericanas, la búsqueda de la justicia social reposa en la revalorización de la democracia participativa y en la construcción de espacios autónomos multiculturales en el seno de Estados plurinacionales necesariamente soberanos. En su lucha, eminentemente política, llegan a articular una doble dimensión cultural y social en un triple anclaje: local, nacional y regional. Constituyen movimientos político-sociales regionales, que multiplican los anclajes identitarios -indio, ciudadano de una nación, latinoamericano sin oponerles-, articulando su enraizamiento y compromiso con el territorio y la colectividad con el universalismo por la vía del humanismo. Así, en Ecuador y Bolivia, las poblaciones indígenas, en su condición de componente central de las clases subalternas, son el actor que puede realizar integralmente la Nación, cumplir no sólo con la resolución de las contradicciones del régimen capitalista, sino aquellas heredadas de la época colonial. En consecuencia, estos movimientos son en el capitalismo global, el único sector que puede tomar a su cargo la Nación.

La crítica al modelo económico y a la inserción internacional que produce la globalización como ideología, es una de las características del discurso de movimientos tan disímiles como el chavismo, el *Pachakutik* o el MAS. Esta crítica reposa en concepciones relativas a la dominación extranjera y a la dependencia, tradicionales en el nacionalismo antimperialista latinoamericano. El encuentro de organizaciones políticas, centradas en la soberanía y el anti-imperialismo con el mundo indio, modifica las posiciones clásicas en relación a la concepción de la Nación. Tradicionalmente, si el nacionalismo latinoamericano, bajo la forma populista o jacobina, ha reivindicado la cultura de los pueblos autóctonos, como fuente de resistencia al colonialismo y al imperialismo, el mismo se limitaba al indigenismo «integracionista» estatal, del cual México ha sido un caso ejemplar. La voluntad de construcción de una Nación culturalmente homogénea, ha sido la característica de todas las formas del nacionalismo latinoamericano. La relación establecida por Chávez con los movimientos indígenas,⁷⁵ o la consideración altamente positiva hecha por organizaciones, tradicionalmente ligadas al pensamiento nacional-popular argentino del MAS o del *Pachakutik*, ilustran sobre esta relación en gestación.

La constitución de movimientos capaces de reivindicar, en nombre de un colectivo de identificación «nacional», una sociedad multicultural y multiétnica, cuestionando la noción de ciudadanía, que supone homogeneidad e igualdad intra-nacional, es una especificidad de la América Latina de la post-guerra fría. Estos movimientos subvierten una noción propia a una sociedad jerarquizada, fuertemente anclada en el nacionalismo latinoamericano, por la cual el modelo de ciudadano, como sujeto de pleno derecho, era un hombre heterosexual, blanco, católico y propietario, noción que rechaza toda forma diferente de organización social.

Estos movimientos están lejos de constituir un movimiento comunitario llamando a la unidad del cuerpo social. A la inversa, expresan la división y los conflictos de la

⁷⁵ En octubre de 2002, Chávez dictó un decreto instaurando el día de la resistencia indígena, a fin de reivindicar la pluralidad étnica y cultural existente en Venezuela y poner término al carácter discriminatorio del «Día de la Raza». Su gobierno ha organizado en Caracas, entre el 11 y 14 de octubre de 2003, una reunión de representantes del mundo indígena y campesino, largamente apoyada por la *Federación del Trópico de Bolivia* y la *Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador*. La reivindicación de los derechos de los pueblos originarios ocupa un lugar en la constitución bolivariana.

sociedad, desarrollando una concepción dinámica de las interrelaciones socioculturales, donde diferencia y la diversidad se encuentran articuladas en las relaciones de desigualdad y poder. Su representación de la Nación dista mucho de limitarse a la de una comunidad fundada en la cadena de generaciones, el hecho de compartir la lengua y las tradiciones o la pertenencia a una historia y a una religión. Conservando los rasgos casi naturalistas de la definición de Nación, estos movimientos conciben la pertenencia a una comunidad de ciudadanos, independientemente de su pertenencia a un grupo (étnico o religioso). La pertenencia se da alrededor de un contrato social que toma la forma de un proyecto político. Este proyecto está lejos de conducir a una concepción esencialista o imanentista. Se basa en una concepción «iluminista», por contrato -producido voluntariamente-, de la Nación. Reivindicando una autonomía sin separación, una integración sin asimilación, están más cerca de Marianne que de Germania.

Conclusiones

En la América Latina del «desorden global», la Nación profundiza ese «pasaje a la izquierda», operado con los populismos en la segunda mitad del siglo XX. Los sectores conservadores han abandonado las reivindicaciones nacionales y el patriotismo discursivo que los caracterizaba para sostener la globalización. En el «desorden global», la burguesía latinoamericana rechaza abiertamente la «Nación». La ciudadanía y el rol de los grandes empresarios en la economía de un país y en la formación de la producción capitalista, no los hace más «nacionales». La globalización ha terminado por desnacionalizar e internacionalizar la forma burguesa de dominación. En un marco en el cual los proyectos de un capitalismo autónomo son menos viables, las burguesías latinoamericanas niegan la Nación para preservar su régimen social. En la globalización, las clases dominantes de los países periféricos cesan de interesarse en el hecho nacional dado que el poder económico local aparece claramente fuera de toda territorialidad. El hecho de que una parte considerable de la deuda externa argentina esté en manos de «argentinos», es al respecto ejemplar.

La globalización parece acentuar una de las características de las burguesías latinoamericanas. Tradicionalmente, éstas han buscado la constitución de un sistema hegemónico estable, que garantice la dirección política e ideológica sobre el conjunto de la sociedad. Para llegar a este objetivo, y compensar sus debilidades, las burguesías han buscado aliados a nivel internacional, aceptando el debilitamiento de la soberanía nacional. Esta lógica de desnacionalización permite la promoción de autonomías, donde el objetivo es garantizar una mejor inserción en los mercados globales. Empujada al extremo, ella abre la puerta a la fragmentación territorial. La capacidad de las burguesías de conducir el desarrollo y la realización de la nación en las sociedades periféricas del desorden global, es muy limitada. La globalización ha modificado radicalmente la relación dentro-fuera. Ha profundizado los límites estructurales de las burguesías en la realización de la nación, en su rol de homogeneizar y unificar a las poblaciones al interior de las fronteras, diferenciándolas y demarcándolas de otras unidades nacionales. Históricamente, la realización de la unidad nacional ha estado confrontada a la dominación de clases. La división en clases de la sociedad ha limitado la capacidad de la burguesía a integrar los sectores populares al sistema hegemónico dominante, obstaculizando la ta-

rea de eliminar las barreras y los particularismos que separan a los ciudadanos de un mismo Estado.

Si en el desorden global, la lógica del capital favorece la descompartimentalización o la desunión nacional y empuja a las burguesías al cosmopolitismo, a las clases subalternas les reviene el imperativo de devenir ellas mismas «Nación», erigiéndose en clase dirigente. La conquista de la Nación sería un factor en el proceso histórico de emancipación de las clases populares. Como el proletariado, en el *Manifiesto* de Marx y Engels, las clases populares de los países periféricos -hegemonizadas por sectores diversos-, según las diferentes realidades nacionales, deben, en primer lugar, conquistar el poder político, erigirse en clase dirigente de la Nación, devenir ellas mismas la «Nación», ser «nacional», pero no en el sentido «burgués» del término. Este llamado a la Nación muestra que la misma, como tal, se desarrolla en concomitancia con el capitalismo y la burguesía, sin que su existencia se resuma a ellos. La Nación sobrepasa el marco de la producción mercantil y la necesidad de un mercado interior, a la cual el análisis marxista tradicionalmente la había reducido. En el «desorden global», el retorno de la cuestión nacional está indisolublemente ligado a una nueva cuestión social, abierta por la globalización. La Nación sería el producto de las «clases oprimidas». La idea de Patria aparece como la principal referencia de oposición al discurso neo-liberal hegemónico.

Un sistema de hegemonía se construye, no sólo en base a intereses materiales recíprocos o en la negociación entre intereses más o menos opuestos, sino también, más allá de toda razón instrumental, gracias a la fuerza unificadora de la ideología y al rol de identificación de los mitos colectivos. En la América Latina del desorden global, la Nación es la única idea capaz de articular todos los sectores subalternos en torno a un proyecto social propio, evitando la atomización, corporización o comunitarización. Las organizaciones político-sociales, que conforman el espacio analizado en este trabajo, son conscientes de que la posibilidad de transformación social pasa por su capacidad de articular expresiones diversas de lo social y no por el reduccionismo de sus intereses particulares.

La consciencia nacional emergente con los movimientos de protesta nacidos en los años '90, no se sitúa en la consideración de la Nación como una «esencia», sino en la toma de consciencia, tanto de la existencia de intereses antagónicos entre Naciones, como de la existencia de una comunidad de intereses entre una parte de los connacionales. Su nacionalismo surge de la naturaleza misma del sistema internacional de la post-guerra fría y del modelo de acumulación en su base. La reivindicación de la Nación es inseparable de la sensación de refuerzo del status semi-colonial de los países latinoamericanos y de la dependencia política y militar. La globalización y el retorno del panamericanismo inducen en América Latina al nacionalismo defensivo y al anti-imperialismo. Este nacionalismo defensivo puede derivar en un rechazo hacia otras Naciones, especialmente los Estados Unidos. Ahora bien, la causa reside menos en la percepción «subjetiva» de esta Nación que en el modo «objetivo» de su funcionamiento, es decir, de su acción en el sistema internacional en el contexto de la sociedad capitalista y de la globalización. El unilateralismo hegemónico y el correspondiente intervencionismo americano profundizan el hecho de que las Naciones del Centro y de la Periferia se articulan, tradicionalmente, a partir de relaciones de contradicción y conflicto. El nacionalismo gestado a fines del siglo XX en América Latina no puede ser separado de la

percepción de la constitución de un «Imperio universal americano» y de su principal consecuencia: la extensión de la economía de mercado, provocando balcanizaciones por destrucción de prerrogativas reguladoras de Estados tradicionales.

La reivindicación de la idea de Patria y la opción «nacionalista» debe también ser relacionada con las transformaciones de la izquierda misma. La caída del socialismo y la crisis de la izquierda, se revelan en el agotamiento del discurso articulado en torno a programas y proyectos con referencias exclusivamente universales. En la post-guerra fría, la izquierda latinoamericana se particularizó y se relativizó dando una primacía a lo nacional por sobre lo internacional. Así, los sectores críticos del «socialismo real», principalmente trotskistas o maoístas, llegaron a conservar sus posiciones porque ya estaban, en parte, fundados y enraizados en una forma de nacionalismo defensivo. Si para la tradición castro-guevarista, el concepto de patria, de identidad nacional y de la cuestión de la defensa de la Nación han sido elementos de movilización permanente,⁷⁶ la reivindicación de la Nación es un elemento nuevo en los PC, tradicionalmente anclados en el internacionalismo de Moscú, o para los PS,⁷⁷ siempre recelosos, con algunas excepciones, como el Partido Socialista Popular de Argentina, de toda reivindicación nacional. Si en América Latina, la izquierda ha sido, históricamente, tironeada entre el internacionalismo y el nacionalismo, en el contexto de la globalización, continuará siendo, o estará obligada, a devenir «nacionalista».

II

Los movimientos de protesta, gestados a fines del siglo XX, participan de esa cultura política regional, compartida tanto por los populismos como por los movimientos revolucionarios, basada en la integración de las masas populares al sistema político, que busca afirmar y desarrollar las particularidades nacionales y la reivindicación patriótica. Se trata de una concepción voluntarista de la Nación, donde la patria aparece como un contrato cívico elegido. Como gran parte de los populismos y de los movimientos revolucionarios del siglo XX, esos movimientos expresan la voluntad de apoderarse del poder político y servirse, para excluir o desplazar, a las «oligarquías», rechazando una modernización impuesta desde el exterior. Intentando transformaciones sociales mediante la búsqueda de una «vía latinoamericana» al desarrollo, estos movimientos se movilizan en defensa de la Nación y de la comunidad contra la penetración «imperialista» y contra la «modernización capitalista neoliberal».

Como los populismos precedentes, estos movimientos plantean la cuestión de la viabilidad de modelos nacionales de autonomía y transformación del orden social, combinando las tres dimensiones, características de los movimientos sociales en la periferia, según A. Touraine: clase, nación, modernización. Hablan en nombre de una clase contra

⁷⁶ Expresiones como la «cubanidad», afiches que hablan de «una revolución 100% cubana» o los discursos de F. Castro, tal como el del 7/12/1989, «en Cuba, la revolución, el socialismo y la independencia nacional están indisolublemente ligados», permiten comprender que en la Cuba de la post-guerra fría el factor nacionalista es inseparable de la revolución.

⁷⁷ La aparición de los populismos y la revolución cubana fueron dos fenómenos políticos que afectaron profundamente, dividiéndola, a la izquierda latinoamericana.

otra, de la nación contra el extranjero dominante, y de la modernización e integración contra la tradición y exclusión. Hacen referencia a la lucha de clases y a la liberación nacional, desarrollando una concepción de un colectivo de identificación enraizado en una fuerte visión teleológica de la historia. Cargan con una orientación optimista hacia el futuro, donde sus adherentes han puesto en evidencia las tendencias emancipadoras del mundo contemporáneo, y exigen la instauración de una sociedad más justa. Para ellos, la Nación no es otra cosa que la soberanía popular en acción. En su voluntad de terminar con la tarea inconclusa de una independencia política y económica, estos movimientos manifiestan una ambición nacional heredera de los nacionalismos populistas y jacobinos del siglo XX.

Este sentimiento nacional, lejos de los nacionalismos excluyentes, es inseparable de una nueva forma de internacionalismo. Movimientos como el Chavismo venezolano, el *Pachakutik* ecuatoriano, el MAS boliviano o los piqueteros argentinos, expresan un nacionalismo que interpela a las masas de una patria concreta, pero que al mismo tiempo es internacional, reposando sobre la idea de que la liberación de los pueblos «coloniales», tenderá, cada vez más, a realizarse a escala mundial. Estos movimientos reelaboran una de las ideas base del nacionalismo de los países periféricos de la segunda mitad del siglo XX: el eje de la revolución mundial -expresado en la coyuntura actual como resistencia a la globalización-, se encuentra en los movimientos nacionales de los países dependientes y no en el proletariado de los países occidentales. Los intereses universales del socialismo son asimilados a los intereses particulares de los diversos movimientos nacionales. En este marco, toda oposición entre socialismo y nacionalismo desaparece.

Ahora bien, si los movimientos de contestación, surgidos o consolidados en los '90, tienen puntos en común con los nacionalismos populistas y jacobinos latinoamericanos del siglo XX, existen elementos que permiten hacer referencia a un fenómeno diferente. Los movimientos de protesta presentan características nuevas que resultan de la relación establecida entre el Estado, el mercado y la sociedad civil. En América Latina, el ciclo neoliberal ha estado caracterizado por la construcción de una capacidad para intervenir en los asuntos públicos desde la sociedad civil hacia el Estado. Esta capacidad ha tomado diversas formas y se ha expresado en diferentes partes de la geografía latinoamericana. Estos movimientos manifiestan un rechazo a la globalización, en general, y a la desnacionalización resultante de las privatizaciones, en particular, expresando una reivindicación de la Nación como colectivo de identificación, más centrada en la sociedad civil que en el Estado. Esta reivindicación será acompañada por el fin de una concepción única de la nacionalidad. Estos dos hechos constituyen una modificación radical de la cultura política regional. El fin de siglo dejó ver los primeros esbozos de un concepto de Nación indisolublemente conectado a la idea de sociedad civil como fuente legítima de poder.

El patriotismo universalista de los movimientos constestatarios se encuentra en las antípodas del patriotismo de Estado. Este nacionalismo está tan lejos de un Estado que da forma a la Nación y crea una conciencia nacional (nacionalismo populista), como del poder revolucionario centralizado, que no dejaba a la sociedad ningún espacio de autonomía, movilizándolo y encuadrando a todos los actores sociales en la formación de la sociedad socialista (nacionalismo jacobino). Esta reivindicación de la Nación cuestiona esa voluntad estatal de excluir a todo actor social que no le esté subordinado que había caracterizado al nacionalismo latinoamericano. El nacionalismo que parece desarrollarse con los movimientos de protesta, es sustancialmente distinto de ese nacionalismo de

Estado, que no tolera más que una historia nacional y una tradición al interior de su frontera. Esta modificación insiste en poner fin al exclusivismo totalizador del nacionalismo consistente en no tolerar ni aceptar ninguna otra forma de comunidad. Quitándose la pretensión de exclusividad totalizadora, las Naciones podrían aceptar una pluralidad de formas comunitarias con una descentralización sobre bases locales y regionales.

Paralelamente, si bien parecen compartir, con experiencias anteriores, la dificultad de sobrepasar una actitud defensiva, de ir más allá del anti-imperialismo como programa político, los movimientos político-sociales originados a fines del siglo XX, cargan con elementos capaces de establecer una nueva relación entre cuestión nacional y cuestión democrática. Tradicionalmente, entre los nacionalistas latinoamericanos, las actividades anti-imperialistas aparecen como aquellas que definen y unifican el movimiento nacional o progresista. El anti-imperialismo aparece como una perspectiva final del movimiento, articulando, alrededor de él, todas las reivindicaciones restantes. Una de las debilidades de los nacionalismos populistas y jacobinos durante la guerra fría fue dada por la relación democracia-anti-imperialismo, por la subordinación de la democracia a la lucha anti-imperialista. Si el anti-imperialismo es el objetivo prioritario, la democracia se convierte en una etapa posterior o en una instancia formal. Los movimientos anti-imperialistas limitan sus posibilidades si la defensa de la autonomía y la particularidad, en relación a las otras Naciones, es el único criterio de definición de su existencia. Una tentación siempre presente en América Latina.

Si bien los movimientos nacidos en los años '90 tienen una idea de la democracia, como variable dependiente de otros factores, tales como la redistribución de los ingresos, la nacionalización de la economía o la soberanía nacional, y que el anti-imperialismo es un objetivo prioritario, los mismos no subordinan los objetivos de la lucha democrática a los objetivos anti-imperialistas. La democracia, no es percibida como separada o exterior al proceso de emancipación, por el contrario, es concebida como el principio articulador de la clase con la Nación, de la soberanía popular con la soberanía estatal. Lo propio de la democracia es precisamente su carácter socialmente heterogéneo, íntimamente relacionado con una «territorialidad» cívica.

Ahora bien, el advenimiento de una concepción de la Nación, fundada en el reconocimiento de la pluralidad democrática, demanda el abandono de la lógica de guerra hegemónica en las representaciones política y estratégicas de las diversas formas asumidas por el nacionalismo en América Latina a lo largo del siglo XX.⁷⁸ Esto implica ir mucho más allá del simple hecho de que estos movimientos no hacen de la lucha armada un principio programático. Una concepción pluralista y democrática de la Nación debe modificar, radicalmente, el principio estructurante de la relación identidad-alteridad, del «Nosotros» y del «Otro» en el nacionalismo latinoamericano: la tendencia a identificar su campo con la Nación y el Pueblo, reduciendo los adversarios a una alianza entre la «oligarquía» y el «imperio». Es decir, subvertir el principio básico de las prácticas conflictuales, por la cual el actor ha podido constituirse como tal, definiendo la lucha contra un «enemigo» en el marco global de un sistema de acción histórica.

⁷⁸ Sobre este tema, ver E. Manero, *L'Autre, le Môme et le Bestiaire. Les représentations stratégiques du nationalisme argentin*, Paris, L'Harmattan, 2002.

Independientemente del hecho de que la democracia representativa pueda ser constatada por la demanda de una democracia directa, presente en todos los movimientos sociales, los movimientos analizados, parecen ser conscientes de la necesidad de sobrepasar una tradición enraizada tanto en el marxismo como en el populismo latinoamericano, de identificar las diversas formas de la democracia con una sola clase social: la democracia política con la burguesía y la democracia social con los sectores subalternos. La democracia representativa ha sido tradicionalmente representada como una instancia formal, utilizada por las clases dominantes para ocultar los mecanismos de dominación y explotación. Para las clases populares tendría un simple valor instrumental.

Estos movimientos proclaman la existencia de un vínculo entre la lucha por la democratización y la realización de la Nación. Para ellos, no puede haber comunidad de destino sin autodeterminación y sin soberanía. Estos movimientos conciben a la Nación en términos de unidad contradictoria entre clases dominantes y dominadas. Sin separar la Nación de la lucha de clases, establecen un lazo entre justicia social, Nación y democracia. Para ellos, la forma que adopta el nacionalismo no puede estar aislada de los sectores sociales que lo manifiestan, siendo el nacionalismo inseparable de las clases sociales. No hay identificaciones identitarias autónomas de las relaciones sociales específicas. En esto son herederos directos de ese nacionalismo popular del siglo XX, bajo la forma populista o jacobina, por la cual el nacionalismo se manifiesta de manera diferente y contraria en función de los intereses de clase de los cuales asume la representación.

Traducción: Andrea Reguera